

EL TÚNEL DEL CENTENARIO

Walter Vargas



Prólogo: Ariel Scher

ediciones

al arco

EL TÚNEL DEL CENTENARIO

WALTER VARGAS

ediciones
al arco

Vargas, Walter

El túnel del Centenario / Walter Vargas. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Alarco Ediciones, 2019.

96 p. ; 20 x 14 cm.

ISBN 978-987-1367-82-5

1. Fútbol. I. Título.

CDD 796.334

PRÓLOGO

Las biografías de Walter Vargas encadenan que es poeta de los versos, poeta de las prosas, poeta cuando suspira el nombre de su hija, ensayista sobre el periodismo deportivo, periodista sobre ensayos de muchos temas, cronista de doscientas redacciones y de doscientos mil artículos, erudito en marcadores de punta y desmenuzador del rumbo del cóners, psicólogo social inquieto por transformar lo social, docente al que con certeza le dicen maestro, voz de radio que suena como charlando entre amistades, columnista convencido de que no hay mejor matrimonio que el de lo sutil y lo popular, navegador de arterias pincharratas, lector de celebridades y de anónimos, hijo de laburantes y laburante padre, polemista afectuoso en las sobremesas y hasta en las mesas, alguien que no sólo contiene multitudes sino que disfruta de extraviarse y de ser parte, uno más, uno cualquiera, entre la multitud.

Pero este libro es otra cosa.

O no: este libro es todas esas cosas que Walter es en sus biografías y, además, es otra cosa.

Este es un libro de ver de cerca. Y de escuchar de cerca. Y de sentir de cerca.

Cerca. Cerca de Pastoriza y de Fontanarrosa, de Julio Grondona y de Monzón, de Locche y de Bochini, de Perfumo y de Bilardo. Cerca de Bianchi y de Víctor Hugo. Cerca de más gentes, en general notorias, a las que Walter vio, escuchó y sintió durante el ya largo recorrido que lo tuvo y lo tiene girando sobre las ruedas inempata-

bles del oficio de contar noticias. Y cerca de Maradona, también.

Cerca, pero no apenas lo que el vocablo “cerca”, como adverbio de lugar, indica con frialdad. Cerca es de verdad cerca. Cerca, Walter, como para confidenciarle al Mariscal Perfumo que alguna vez lo puteó desde una tribuna y que ahora -y para siempre- lo quiere en el alma vuelta abrazo. Cerca, de nuevo Walter, para recibir un viento en la oreja a través del que el Intocable Nicolino le larga la ternura de un “¿Qué hacés, pibe?”. Cerca, repetidamente cerca Walter, de Doña Dominga, la mamá del Ringo Bonavena, mamá heridísima cuando le entrega su desgarró y su corazón en cinco palabras: “Para mí, Titi no murió”. Cerca, todo lo cerca que es posible estar cerca, así de cerca Walter de Labruna, al punto de advertir que ese Ángel “era una mezcla de porteño avivado y villano de dibujos animados”. Cerca de individuos a los que sólo de cerca es posible percibir en su dimensión entera, en esa combinación de jazmines y de espinas que se entrelaza en proporciones desparejas en cada ser humano, inclusive en los famosos. Cerca y emocionado reluce Walter cuando Maradona empieza a egresar de ser pibe y él, el mismísimo Walter, es otro que marcha al egreso de ser pibe, y conversan con las simplezas de dos pibes que van apoyando los pies en el umbral de la adultez, uno ya enterado de que será un crack del fútbol, el otro sin intuir que será un crack del periodismo.

Así que en “El túnel del Centenario” el protagonismo le pertenece a esas personas de las que Walter respiró cerca. Sin embargo, ese protagonismo resulta compartido. No con Walter, quien, siguiendo los mandatos de los manuales clásicos de las clásicas redacciones, se desplaza a un plano segundo. El protagonismo compartido lo ejercen el ver de cerca, el escuchar de cerca y el sentir de cerca. Y ese ver, ese escuchar, ese sentir, y esa suma de cercanías sí tienen, reconocible, firmadísimo, cincelado con manos que ni son ni pueden ser de otro, el sello de Walter.

Los ojos cercanos, los oídos cercanos y las palpitaciones cercanas de Walter se anotan desde en estas páginas en una tradición ancha y conmovedora del periodismo y, en particular, del periodismo en la Argentina. Primero porque, como es posible aprender desandando esa tradición, queda verificado que los entrevistados o los interlocutores que durante un rato o más que un rato funcionan como entrevistados no se expresan sólo con frases: hablan con las cejas, adjetivan con los latidos, opinan con el humor, manifiestan con la gestualidad, o sea todo eso que Walter ve, escucha, siente y, en este libro, narra. Segundo porque esa tradición enseña que la percepción de las otras y de los otros no se agota en lo que corrientemente se denomina entrevista sino que incluye una cocción, un suma de vueltas y de idas dentro de la que se consuman encuentros y desencuentros, intercambios intensos y fugacidades que amagan con ser nada y, sin embargo, significan más que bastante, vaivenes que modelan algo que, bien lo domina Walter en todas sus artes y en todas sus profesiones, se llama vínculo.

Con esa fórmula que lo emparenta al César Tiempo de “Capturas recomendadas” o al Rodolfo Braceli de “Escritores descalzos”, a Walter le queda resto para ver de cerca, escuchar de cerca y sentir y detectar al Gato Leeb, veloz personaje de las canchas argentinas, un señor perdido entre millones de señores, al que Walter rescata gracias a ver de cerca, a escuchar de cerca y a sentir de cerca hasta edificar un texto hecho de las luces suaves que poseen las cosas que perduran brillando.

Lo demás es leer letra por letra y aire por aire estas hojas. Y dos detalles más que seguro importan.

En la biografía de Walter, importa añadir que es experto en ver de cerca, en escuchar de cerca y en sentir de cerca porque eso desemboca en que sea un tipo capaz de escribir de cerca y feliz de vivir de cerca.

// Walter Vargas //

En la biografía nuestra, la de sus lectores y la de sus lectoras, está clarísimo que lo que importa es estar cerca de este libro. Y cerca de Walter.

Ariel Scher

AÑORANZAS

Inventario de un vestuario de fútbol en los tiempos sin zona mixta.

Linimento, cremas analgésicas, jabón, desodorante, medias húmedas, canilleras, vendas, raspones, moretones, perchas, camisas, sacos, camisetas en el suelo, rodillas con sangre seca, botellas de agua, botellas de gaseosa, vasos plásticos, colegas grabador en mano, cables de las radios, cámaras de televisión, utileros, bolsas y bolsos, los adelantados, los allegados, los curiosos colados, los rezagados, los jugadores muy dispuestos a hablar, los malhumorados, los ni fu ni fa, estampitas, estatuillas, vírgenes, calzoncillos, barro en los botines, pantaloncitos con cordón, dirigentes con blazer, dirigentes con gamulán.

Inventario relámpago del atardecer de un día de invierno de 1979 en el vestuario visitante de la vieja cancha de Quilmes. La de Guido y Sarmiento.

Un Ricardo Pellerano a medio vestir habla con un Raúl Bianchi por empezar a vestirse. Un Rubén Ríos por acá, un Horacio Magalhaes por allá, un Tabita García al lado de Rubén Favret, un Humberto Minutti cabizbajo, un Hugo Saggioratto ensimismado, un Carlos Carrizo con cara de pocos amigos. Un Delem parado en un rincón, cruzado de brazos.

¿Y Maradona? ¿Dónde está Maradona? ¿Maradona no está?

¿Ya se fue? ¿No puede ser!

-Pase lo que pase, andá al vestuario y hablá con Maradona. Quiero declaraciones de Maradona.

Qué fácil la hizo mi jefe, Hugo Lencina. Hablá con Maradona, hablá con Maradona, hablá con Maradona, pero, ¿cómo hago para que Maradona tenga ganas de hablar conmigo? Argentinos perdió 3-0 y ese Abel Moralejo no se la dejó ni oler.

¿Dónde está? No lo veo por ningún lado. Se evaporó. ¿Y si pregunto? No, no pregunto, me da cosa. ¿Y esa puerta, la de allá? ¿Adónde da? Ma sí, yo me mando.

Cruzo el umbral de la puerta y la esperanza tiene sonido y aroma de agua caliente que choca contra el piso.

Doy dos pasos hacia el corazón del macizo vaho y hacia la pared de enfrente, en la esquina de allá, a mi derecha, se recorta nítida la figura del objeto de mi afán. Dale que te dale al eventual jabón Palmolive.

-Disculpame, Diego. Soy Walter Vargas, de la agencia Télam. ¿Puedo molestarte un minuto?

-Acercate, Fiera. Preguntá.

Y entonces se ponen hablar un pibe rubión abrigado hasta por las dudas y un pibe morocho, como Dios lo trajo al mundo. El pibe de Berisso nació en el 58 y sueña con ganarse la vida laburando de periodista. El de Villa Fiorito nació en el 60 y sueña con jugar el Mundial.

FONTANARROSA

El talento y la humildad rara vez van de la mano.

El talento y la humildad rara vez van de la mano. Suponen, creen, o quieren suponer o creer los que dan estatuto de leyenda a la bondad intrínseca del ser humano.

Yo, a veces sí y a veces no. A veces sí y a veces no se me da por pensar que hubo, hay y habrá gente brillante que renuncia a los oropeles. Gente incapaz de confundir la posesión de un don con un certificado de superioridad. Que no se la cree.

Y cuando pienso que sí, que la hay, acude en mi socorro el Negro Fontanarrosa.

Juro que Fontanarrosa, el Negro, era para mí uno de esos tipos incandescentes y lejanos como un héroe de Alejandro Dumas. Un Conde de Montecristo, un mosquetero, un mohicano, un Capitán Richard, qué sé yo.

Fontanarrosa, el Negro Fontanarrosa, el titiritero de Boogie El Aceitoso y de Inodoro Pereyra, el cuentista sutil y delicioso, el artista que con la macilla del absurdo era capaz de crear sentidos, universos, guiños desopilantes. El gran hacedor de sarcasmos, como un Bernard Shaw rosarino, como un Bertrand Rusell del bar El Cairo, como un Oscar Wilde del tablón.

Y resulta que una mañana de enero, el 13 de enero de 1997, bien que lo recuerdo, porque la noche anterior Uruguay y Argentina habían jugado un partido espantoso con miras al Mundial de Francia, mientras desayunaba en el hotel de Montevideo donde nos hospedábamos los enviados de Olé y de Clarín sucedió lo más sencillo y banal, según se mire, que a mí me supo a bienhadada fábula.

Enfrascado en el mero untar de una tostada, demoro en advertir la sombra de un hombre a la vera de mi mesa y en un san-

tiamén de la sombra/ hombre emana la inconfundible voz de Fontanarrosa.

-Disculpame, Walter. ¿Te molesta si me siento a desayunar con vos?

-Claro, Negro, por supuesto, cómo no, me sorprendiste, qué honor, sentate.

Le dije al Negro Fontanarrosa y también le dije otras cosas que ahora no me acuerdo pero que seguro andaban por el lado de mi visible, emocionada turbación.

Lo que sí me acuerdo con nitidez es lo que dijo el Negro mientras pedía un café con leche.

-Dejate de joder.

Esa mañana, así como otro par de mañanas en las que compartí un café con Fontanarrosa, pero ya en Buenos Aires, me sentí invitado a rendirme no ya al desenfreno de la veneración sino a la llaneza del par, de los pares. Eso y no menos exigía el Negro con su tácita moderación, con sus modos de máxima concentración en el linde del coloquio y el afecto.

Charlador, charlista y vitalista, fue generoso cuando me permití el descaro de pedir que escribiera un prólogo de mi libro de cuentos de fútbol. Generoso por dedicado pero más generoso por piadoso. Mis historias no les cerraban, o no terminaban de cerrarle, las encontraba excesivas, igual de prometedoras que débiles de condensación, a media cocción. Así y todo me ofrendó de puño y letra el tono justo que a él preservaba de la hipocresía y a mí del látigo cruel.

Al poco tiempo surgieron los síntomas de la enfermedad que se lo llevó y no volvimos a conversar. Mi libro ya había sido publicado tal cual yo lo había querido y una vez en letras de molde las palabras y los sentidos sedimentaron sus amables reparos. A veces, cada tanto, de mala gana releo páginas sueltas del libro de cuentos que el Negro Fontanarrosa me prologó, para desayunarme con que el extraordinario narrador que fue se llevaba muy bien con el

editor certero y penetrante que declinó ser.

No fui amigo de Fontanarrosa, pero Fontanarrosa era amigo de la amistad y por ese agraciado carril desfilaron los ratos compartidos. Los de amistosamente abundar, por ejemplo, sobre la inexistente disyunción entre ir a ver a Central o asistir al cumpleaños de su madre o sobre la singularidad de que a su hijo le gustara mucho la música y nada el fútbol.

En el haber de nuestras coincidencias era relevante que habíamos elegido amar camisetas de las que no coronan todos los días. “Y, no somos hinchas del Real Madrid”, repuso el Negro y trascriptón disparó una sentencia que sofocó en mí la persistencia de una sospecha moralizante: “No te calentés, Walter, eso de que de grandes nos hacemos menos mala sangre por el fútbol es una pelotudez más grande que una casa”.

Y entre esas satisfacciones inmotivadas, sin utilidad, ni real ni aparente, pero que acarician el alma, atesoro una que atañe al escalafón de mis predilecciones.

Una vez le dije:

-¿Sabés una cosa, Negro? Para mí, tu mejor cuento de fútbol no es 19 de Diciembre de 1971. Es otro.

-¿Otro? Dejame adivinar.

-Dale.

-La observación de los pájaros.

Cuando me enteré de la muerte del Negro Fontanarrosa lloré un rato en el silencio de mi casa de Charcas y Armenia. Después busqué en la biblioteca su antología de cuentos de fútbol. En el comienzo de “La observación de los pájaros” puse un señalador, dejé el libro en el piso y junto al libro encendí una vela.

Después fui a buscar a mi hija de ocho años a una clase de inglés. Cuando volvimos, mi hija vio el libro, vio la vela y preguntó de qué se trataba.

-Hoy murió una persona muy querida por papá.

Mi hija se quedó pensativa y volvió a preguntar.

-¿Y era feliz?

-Supongo que sí, hija. Diría que sí.

-¿Y era bueno?

-Creo que era un hombre bueno, hija.

-Fue feliz, era bueno, papá. Ahora no tendrá miedo ni dolor.

VÍCTOR HUGO

De Puerta de Versailles salimos temprano.

A las dos y media de la tarde era el partido en el Stade de Toulouse.

Temprano salimos para Orly. En un taxi. Víctor Hugo, Apo, Tony Pintos con la matera repleta de Canarias, el termo a full, y yo, que hoy cumpliré con mi secreto anhelo de comentar por radio un partido del Mundial de fútbol.

Toulouse, Pirineos Centrales, una de las dos hipotéticas ciudades donde nació Gardel. En la calle Du Canon d'Arcole 4.

Andá a decirles a los veroneses que habría que ver si el balcón que visitan miles y miles de turistas cada año es el de Romeo y Julieta de Shakespeare.

Andá a decirles a los tolosanos que habría que ver si ahí nació El Zorzal. Hasta pusieron una placa conmemorativa en el lado izquierdo de la puerta principal. "EST NE A TOULOUSE LE 11 DECEMBRE 1890 AU 4 RUE DU CANON D'ARCOLE".

"Vamos a la casa donde nació Gardel", dice Víctor Hugo sin que suene a sugerencia, taxativo. Pero la idea me gusta. Lo que me gusta menos es notarlo de mal humor, o lacónico, o escueto. Se ve que me imaginaba otra cosa. Debuta Argentina en el Mundial, debuto yo como comentarista en estas travesías, tenemos una gran-transmisión-gran y el hombre dice que está cansado, que se acostó tarde, qué deliciosa era la opera tal que fue a escuchar anoche y qué deliciosa será la sinfonía cual que irá a escuchar mañana.

No importa. Nada empañará mi plenitud y mi dicha. Seguro que cuando se acerque la hora del partido veré a Víctor Hugo más entusiasmado con la transmisión.

(Con Apo esa expectativa no es indispensable. El afectuoso Alejo parece siempre interesado y siempre entusiasmado. No sé por qué).

De Orly al aeropuerto Toulouse-Blagnac. Unos 600 kilómetros recorridos en 75 minutos. Bien sé que jamás dejará de asombrarme la simplificadora y alada cooperación de los aviones.

En la llamada "Ciudad Rosa" el mediodía se presenta cálido y agradable. Ni rastros, por suerte, del célebre "Viento de la locura" que en mayo de 1916 se llevó todo puesto. Hasta un tren.

Tampoco hay la menor amenaza de tormenta, por más que hoy es el día catorce del mes de junio, el más lluvioso del año en el Alto Garona, Occitania. Esta es la cuarta ciudad más grande de Francia, después de París, Lyon y Marsella.

Esta es la ciudad que supo recibir a De Gaulle, a Napoleón recibió. Esta es la ciudad hermanada con Buenos Aires, Atlanta, Bolonia, Elche, Kiev, Chongqing y Tel Aviv. Esta es la ciudad del célebre Mercado de Víctor Hugo fundado en 1896, el que por imperio de sus deliciosos embutidos es capaz de abrir el apetito hasta de un asceta persa.

Para ir al Mercado de Víctor Hugo no hay demasiado tiempo, hace notar Víctor Hugo, el uruguayo, el más argentino de los uruguayos como a menudo advierte y no hay motivos para desmentirlo.

Así que primero vamos a la supuesta casa de Gardel. Los tolosanos se lo atribuyen con un poco, apenas con un poco menos de convicción que a los inequívocos Paul Sabatier, el Premio Nobel de Química, o al filósofo Jacques Maritain y al obispo San Saturnino. Y bueno. Carlos Gardel fue Charles Romuald Gardes y si cabe, si cuadra, si urge, algún día negociaremos en Tacuarembó.

Cuando subimos al segundo taxi, Apo pregunta si no se nos hará tarde para llegar a tiempo al estadio. Pienso: si no hubiera prevalecido el temor a ser descubierto en mi ansiedad, habría preguntado lo mismo.

Imperturbable, Víctor Hugo dice:

-Ay, Alejo, Alejo. Tanta experiencia para nada. Tanta ansie-

dad, Alejo. Ni que fueras un principiante. Vamos a disfrutar de un sabroso café en Laplasducapitol.

Hermosa, hermosísima la Place du Capitole. Rodeada de tres calles, decorada con una cruz occitana en el suelo que representa los doce signos del Zodíaco, los doce meses del año y las doce horas del día. Hermosísimos los frescos de los soportales. Inmensa la plaza, doce mil metros cuadrados, más grande que la Grand-Place de Bruselas en cuyo adoquinado me senté hace exactamente seis años a tomar una Coca y comer una baguette de jamón.

Nos sentamos los tres –porque Tony Pintos ya se despegó del grupo, seguirá por las suyas- a una de las tantas mesas en la vereda de los tantos bares de Place du Capitole y escuchamos una voz aguardentosa, argenta y familiar: la de Alfredo Carlino.

Nos cuenta Alfredo, hasta hace tres o cuatro años uno de mis vecinos en el barrio de Once, poeta, escritor, charlista entrañable, infatigable, que ha venido a un festival de tango. Resulta que cada año en Toulouse se celebra el festival de música Río Loco, una invitación a que artistas extranjeros difundan su cultura en La Prairie des Filtres, añejos pastizales devenidos jardines paradisíacos.

Se despide Alfredo, tomamos un café, dos, hablamos de todo, de nada y menos que nada de fútbol. Si no está en función profesional, Víctor Hugo es remiso a hablar de fútbol. El fútbol no le interesa. Y a mí sí que me interesa, mucho, como pocas veces antes, porque los minutos pasan raudos, el estadio no queda acá a la vuelta y temo que mi debut en un Mundial, y a la vera del mejor relator de fútbol de habla hispana, el mejor de todos los tiempos, el que asimiló los brillos de los que lo antecedieron y puso alta la vara de los brillos de los relatores de su tiempo, y de los que vendrán, temo, ya con incipiente angustia, que termine en un inmenso, atormentador fracaso.

Apo, otra vez Alejo portavoz de los corceles de mi premura, que son su propia premura barranca abajo.

-Nene, cada vez pasan menos taxis y se acerca la hora de la

transmisión. ¿Qué te parece si levantamos campamento?

-Alejo, querido, vos y tu ansiedad. Mirá qué hermoso día, qué hermosa plaza, qué charla relajada. ¿No hay taxis? Bueno. Mirá lo que tenemos acá, al lado. ¿No es estupendo ese hotel? En el peor de los casos alquilamos una habitación y desde ahí hacemos una gran transmisión para todo el país y gran parte de América.

Bromea, seguro que bromea, Víctor Hugo, Nene para sus íntimos. La broma es buena y sin embargo no funciona. No funciona como buena, ni como broma, ni como nada parecido a una fuente de bienestar emocional. Apo, preocupado. Yo, al borde de la congoja.

En eso estamos cuando se acerca el taxi providencial. Cómo lo quiero, Monsieur, tengo ganas de decirle al chofer mientras salto de mi silla y poco menos que lo intercepto.

Llegamos al Stade de Toulouse no sin antes cruzarnos en la puerta con algunos argentinos que nos piden entradas o pases. Uno de ellos es un tipo que fue mi amigo hace una vida y dejó de ser mi amigo cuando me hizo un feo. Lo saludo por cortesía, le digo que no, que no puedo, que no tengo. Lo que no le digo es que ya hace rato ha dejado de merecer mi estima. No hace falta.

Subimos a las plateas, nos apostamos en el puesto al aire libre desde el que transmitiremos Argentina-Japón y suspiramos aliviados cuando el técnico operador que contrató la radio, un compatriota radicado en Francia, nos dice que la línea ya está okey, que tenemos conexión permanente con el estudio de la radio en el Centro de Prensa, Buenos Aires, Continental, su ruta.

El Chavo Fucks y Román Iucht, en los vestuarios. Vinieron desde L'Etrat. Estamos todos.

Zanjados los inconvenientes formales, siento que debo resistir la presión de mi fantasmática. El indigesto cóctel del pesimismo, de la responsabilidad mal tramitada, de la aspiración amenazada por la otra cara de su moneda: lo temido.

He soñado con un día glorioso como el de hoy. Me lo merezco o prefiero creer que me lo merezco. ¿Por qué entonces no me

abandono a los brazos del puro disfrute?

Víctor Hugo. A mi lado está Víctor Hugo, el admirado crack que registro desafectado, desconectado, desinteresado. ¿Será que el destino me ha puesto en este lugar sólo para abofetearme con el adagio chino según el cual hay que tener cuidado con lo que deseamos porque un día puede hacerse realidad?

No siempre un paranoico es alguien que cree que lo persiguen. Un paranoico es alguien al que persiguen. Lo dijo David Cooper, un psiquiatra inglés, y ahora mismo Víctor Hugo lo certifica y me empuja a la ciénaga de la amarga sospecha.

-Muchachos, tengo mucho sueño. Despiértente dos minutos antes de que larguemos la transmisión.

La corpulenta, gigantesca humanidad de Víctor Hugo se desploma en el espaldar de la butaca. Apo y yo nos miramos. Nunca sabré qué piensa Apo y Apo nunca se preocupará por saber qué pienso yo, que estoy pensando en cuánto me gustaría que se hiciera el milagro y cuando lo despertemos Víctor Hugo sea Víctor Hugo.

Ya en el final de la cuenta regresiva, Apo, o yo, o los dos, tocamos su brazo derecho, una, dos, tres veces.

Somnoliento y erguido, Víctor Hugo se pone los auriculares, pregunta cuánto falta y sus pequeños y claros ojos se fijan en un punto lejano, mucho, mucho más lejano del arco donde dentro de un par de horas se apostará Yoshikatsu Kawaguchi, el arquero japonés que al rato sucumbirá en el estéril manoteo de la nada y será gol de Batigol.

¿Cómo puede ser que este tipo que estaba cansado, renuente, ensimismado, en otra cosa, conduzca esta previa con arte de Toscanini?

¿Cómo puede ser que no vacile, que no pifie, que no cometa un solo furcio, que dé todos los pies al milímetro, que describa con trazos de Goya y adjetive con buen gusto borgeano?

¿Cómo puede ser que relate el primer tiempo como relataba en sus mejores días, a ritmo de vals, de jazz, de pop, de flamenco,

de milonga, y no lo altere en lo más mínimo la jerigonza de nanamis, akitas, nakatas y nakayamas?

-Alejo, ahora vamos a hacer lo siguiente. Yo te presento, duermo otro rato, vos comentás, después presentás el comentario de Walter y me despiertan cuando esté por empezar el segundo tiempo.

Este tipo está loco, está completamente loco o es un alienígena de los que cuando era un pibe veía en la serie Los Invasores. Sin que se dé cuenta miraré en detalle sus meñiques. Si los tiene rígidos quiere decir que sí, que en realidad es un abusivo portador de dones de otro planeta. Un marciano. El barrilete cósmico originario.

Cerramos la transmisión, subimos al cuarto taxi del día y partimos hacia el aeropuerto.

Sin rastros de fatiga, Víctor Hugo coloca su enésimo pase al claro.

-Vamos a cenar a Champs-Élysées. A Pizza Pino.

EL TURCO ASÍS

Mucho antes de que el Turco Asís se hubiera convertido en una especie de Príncipe Maquiavelo del periodismo argentino, agudo en el análisis y extra moral en pronósticos y terapéuticas, había sido unas cuantas otras cosas. Por ejemplo secretario de Cultura y diplomático en los tiempos de Carlos Saúl I de Anillaco.

Pero antes que otras cosas, justo será escribirlo ya, Asís fue un periodista de raza y un narrador igual de vapuleado por la ortodoxia literaria que autor de unos cuantos libros dignos de mención. El más laureado fue el célebre Flores robadas en los jardines de Quilmes, pero también me dispensaron gratos momentos La manifestación, Carne picada, Fe de ratas y La calle de los caballos muertos, que me supo un verdadero librazo.

La Calle de los caballos muertos, filosa y rabiosa alegoría de los territorios de la marginalidad, la guerras interurbanas, las patotas y su franca inserción en los clubes de fútbol, me inspiró a gestionar una entrevista con Asís cuando Ezequiel Fernández Mores tuvo la generosidad de ofrecerme un lugar como colaborador de la agencia Diarios y Noticias.

Jorge Cayetano Zaín Asís, el Turco Asís, había publicado Flores robadas en 1980, Carne picada en 1981 y La calle de los caballos muertos en 1982. En el 81 también había salido a la calle la imperdible compilación de aguafuertes firmadas para Clarín con el seudónimo de Oberdán Rocamora.

(Referencia al pasar: quienes se sientan atraídos por el finísimo arte de la aguafuerte, imprecisa mixtura entre la crónica periodística y la pieza literaria breve, pueden abreviar en el Maradonna del género, Roberto Arlt, sin perjuicio de degustar el produci-

do del propio Rocamora/Asís, de Jorge Göttling, de Emilio Petcoff –cuyas obras, incunables, están a mano en la Hemeroteca de la Biblioteca Nacional-, del uruguayo Wimpi y de los españoles Manuel Vicent y Paco Umbral).

En mayo del 84 un amigo de un amigo facilitó un número de teléfono que un día anoté en una austera agenda Citanova y al día siguiente, desde un teléfono público naranja, me permitió comunicarme con ese tipo de voz áspera, como de galán de telenovela, que respondió con sorprendente amabilidad y me citó en una suerte de estudio, atelier, bulín, donde bajaba teclas por doquier porque se estrechaban los plazos de entrega de Diario de la Argentina, implacable e hilarante semblanza de personas, personajes, tejemanejes y etcéteras del legendario rotativo de la calle Tacuarí.

El Turco Asís trabajaba en un pequeño departamento de Hipólito Yrigoyen entre La Rioja y General Urquiza. Hasta donde prescribe mi memoria, constaba de una biblioteca atiborrada, generosa, llamadora; de un escritorio, una máquina de escribir, una resma de papel A 4, una luz mortecina, tal vez un dormitorio y un baño y seguro de una cocina donde aprontó dos pocillos de café.

El tema, mi tema, era el creciente fenómeno de las barras bravas. De ahí mi improvisado cuestionario que el Turco mejoró y enriqueció con el vital elemento de su verba fluida. Lo demás, su postura corporal, su porte, su estar, hoy son carne de inventario de los programas de política de la tevé criolla. Reposado, afable, mirada penetrante, una sonrisa canchera y siempre amenazante, como una ballesta.

En realidad, amén del interés por una entrevista de éxito asegurado por la entidad misma del entrevistado y del eventual posicionamiento en el nuevo trabajo, pulsaba una genuina ponderación por esa escritura a simple vista saturada del tono coloquial y sin embargo cuidada, punzante, sazónada con el infrecuente elixir de la ironía.

Así y todo no me privé de hacer notar lo que registraba co-

mo el lado oscuro de la luna de Asís: su percutir en zonas donde la ironía y el sarcasmo se tuteaban con el machismo y la misoginia.

Asís reclamó un ejemplo y entonces repuse casi de memoria la escena de Flores robadas en los jardines de Quilmes en la que Rodolfo, detalla el narrador, toca el portero eléctrico y “ella decía con socorrida euforia subí, o qué sorpresa, y entonces yo subía, tomaba mate, no la escuchaba, le echaba un par de polvos que nunca tuvieron importancia”.

Sin llegar a denotar sorpresa por el aprobado de la cita textual, tampoco fastidio ni nada que se le pareciera, más bien desafiado, el Turco Asís dijo no me vengas con esas boludeces.

Y me dio tarea para el hogar.

-Ahora cuando te vayas hacé memoria y pensá en cuántos polvos sin importancia ha habido en tu vida.

CARLOS MONZÓN Y YO

I

¿Por qué será que les caemos muy bien a algunas personas y a otras les caemos muy mal?

¿Por qué será que caemos bien o caemos mal sin que graviten los grandes temas, los temas determinantes, aglutinantes o divisorios, la religión, la política, las madejas interpersonales?

Un rumano, Jacob Moreno, el padre del psicodrama, dio en llamar "telé" a ese misterio empático que nos acerca a unos y nos aleja de otros.

Jamás supe ni sabré por qué Carlos Monzón me distinguió con sus mejores humores, con sus buenos modos, con sus modos amigables.

Monzón le caía mal a mucha gente y mucha gente le caía mal a Monzón.

Hablo del secreto a voces de mis primeros tiempos en Buenos Aires y en particular del primer sábado de agosto de 1978. En el Luna Park había terminado la pelea entre Hugo Corro y Ronnie Harris y mi trabajo consistió en acercarme a su preferencial ubicación cercana al ring mismo, Ring Side, y requerir su opinión.

-De nada, Flaco-concluyó su respuesta Monzón.

El pibe que todavía era, pero sobre todo el pibe que hasta cuatro meses antes hablaba de boxeo bajo la luz de un farol de su barrio natal, ese pibe se preguntó esa noche si lo había soñado o en realidad habían intercambiado palabras con el fenomenal campeón mundial de los medianos.

No presumiré de una amistad que no cultivé. A otros dejo ta-

les jactancias y trucos. Sólo me limito a cifrar lo que de forma aproximada fue genuino y como tal lo viví.

A los pocos meses de esa fugaz encuesta en el Ring Side del Luna, o acaso al año siguiente, vi venir a Monzón caminar a mi encuentro en el gimnasio de la calle Bouchard.

-Flaco, ¿tenés a mano el teléfono de la casa de Brusa?

-Sí, Carlos. Anotá.

¿Monzón acude a los servicios de mi noble agenda Citanova para desayunarse con el número de teléfono de la casa del maestro que lo había acompañado en todas y cada una de sus noches de epopeya?

Cosa del país de Nunca Jamás y sin embargo más real que la propia realidad.

También banal. Mejor mirado, nada tenía de excepcional que alguien pidiera a un conocido el favor de recordarle un número telefónico, por más que ese alguien se llamara Carlos Monzón.

Nada banal, por lo contrario, me supo que al tiempo Monzón me incluyera en una conversación de índole intimista en la barra del Bar Ring Side.

Intimista al punto que mi pudor aconsejó alejarme lo suficiente para degustar mi café en la punta opuesta de la barra.

-El Negro Olmedo está loco, Flaco.

Y tras soltar la carcajada Monzón me contó que Olmedo lo había invitado a una fiesta privada que comprendería sexo grupal.

Atiné a sonreír, menos pudoroso que sorprendido por el hecho de que tan luego Monzón me hiciera participe de su intríngulis.

Después, mirando un poco al amigo que lo acompañaba, ahora no recuerdo quién era, y mirándome un poco a mí, prosiguió.

-Qué hago yo en una orgía, Negro, le dije. Y el Negro turro me dijo "hacés de todo un poco, tocás un culito, manoteás una pija". Y se cagaba de risa el Negro. Le dije que no, que no voy, a ver si pierdo el invicto.

A guisa de este intercambio hago una observación lateral:

hasta el día no hoy no sé por qué razón llegó a circular la versión de que inspiré en Monzón una confianza profunda, incondicional. Si hasta cierta vez un colega me preguntó si estaba en mi poder un supuesto cassette que reproducía exclamaciones de más por saber de Monzón y Susana Giménez en plena faena amorosa. Eso se comentaba: que el cassette andaba por ahí y que Monzón había compartido conmigo semejante fruto de la privacidad.

En cuanto a mí, la posesión de ese cassette no pasó de la categoría de leyenda. Nada legendario me resultaría, con todo, lo sucedido una madrugada de 1980 en El Quincho de Chiquito, cita de culto de los degustadores de pescados de río que se yergue en la costanera santafecina un poco más allá del puente colgante de la Laguna Setúbal.

Tribus variopintas han andado por ahí. Hasta Alain Delon abrió las compuertas de su francesidad experimentadora para disponer de los beneficios de una oferta irresistible: menú fijo, tenedor libre y comer hasta que titilen las luces de la saciedad.

“No hagan planes para esta noche”, nos dijo Amílcar Brusa.

A Bianco, Bianquito, entrañable reportero gráfico, y a mí, la revista Goles Match nos había enviado a entrevistar a Carlos Del Valle Herrera, un zurdo de San Justo cuya pegada de nocaut lo acercaba a una pelea de campeonato del mundo que haría en Londres hacia fin de año. Y Brusa, el sabio grandote sin el cual Monzón se hubiera sentido desamparado para sobrellevar las tormentas en medio de las batallas con Jean Claude Bouttier, Emile Grifith, Bennie Briscoe y Rodrigo Valdez, arregló el encuentro con su pupilo más destacado de entonces en el gimnasio del club Unión y después de la sesión de entrenamiento de la tarde formuló una táctica invitación que ya en el lugar de la ingesta fue bautizada en un tono de severa cortesía.

-Usted no se me haga el delicado. Acá, menos en almíbar tiene para todos los gustos y todo muy rico. Lo que le traen, come.

Así fue que el maestro Brusa me inició en el deleite de la bo-

ga, del armado, del dorado, del surubí y del pacú. Ah, el pacú, el pacú, un viaje de ida. Del sabor del pacú no volví más y unos cuantos años después organizaría un par de inolvidables excursiones al Paraná sólo por volver a sentir el sabor de esa carne profundamente blanca, inaugural, exquisita.

A los postres, en medio de la fascinación de una tertulia en la que recordó hasta los detalles más nimios de la gloriosa noche del Palazzo dello Sport de Roma, el Benvenuti destronado, su sumarisima orden antes del comienzo del round 12 (“ese hombre no quiere más, espera que usted vaya y lo noquee. Haga lo que le digo”), Brusa dijo quédense un rato más que viene Carlos y al rato llegó Monzón, de excelente humor, afectuoso.

-¿A qué hora se van mañana, Flaco?

-A las 11 por Aerolíneas, Carlos.

-No, Flaco, si les gusta la idea volvemos a Buenos Aires a las tres de la tarde por Austral. Tengo una chopeada a las 11 y me gustaría ir con ustedes. Quedate tranquilo que arreglo todo. Llamo y cambio los pasajes.

-¿Estás seguro, Carlos? Si perdemos el avión en la revista nos matan.

-Seguro. Quedate tranquilo, te digo. Llamo temprano, arreglo y a las once menos cuarto los paso a buscar por el hotel. De la chopeada nos vamos al aeropuerto.

Y así fue. Sonó el teléfono de la habitación, buenos días, señor, van a hablarle, hola, Flaco, soy Carlos, en diez minutos estoy por allá.

Suelto, alegre, cómodo en la piel del héroe deportivo requerido a evocar fragmentos de sus proezas y al tiempo sintonizado con sus compañeros de libación, el rey de los 72 kilos y medio me hizo protagonista de momentos que me supieron a ciencia ficción.

¿Cómo podía ser que preguntara cosas de mi vida el mismo tipo cuya épica había seguido ocho años de pelea en pelea, de televisión en televisión, de taquicardia en taquicardia, de exhalación en exhalación, de súplica en súplica, Carlos llevalo, sacá más la derecha,

quemalo abajo, dale arriba, no te prendas, prendete, ya es tuyo?

Cerveza en chop, en Santa Fe, algo así como jugar unas simultáneas al ajedrez en Moscú. Bianquito abandonó al segundo vaso. A duras penas terminé el primero. Y me planté. Carlos, Carlos Monzón no. Tomaba uno, tomaba otro, y otro, iba al baño, aliviaba la vejiga y seguía.

En el colmo de la inocencia, dije:

-¿No te va a hacer mal tanta cerveza, Carlos?

-No, Flaco. Para mí, esto es agua.

De Santa Fe a Aeroparque volvimos en la misma fila de dos. Carlos se encargó del check in. Silencios hubo pocos. ¿De qué hablamos en esa hora? De boxeo, algo de fútbol, algo de París, yo soñaba con conocer París, de las referencias siempre tan comunes entre varones al gusto por las mujeres, de la delicada piel de las francesas, observó. Y de su amigo Carlos Reutemann también habló.

-Lo cargo al Lole, eh. Y se la banca. Yo le digo "vos sos bueno, Lole, pero si tuvieras mis huevos serías mejor. Campeón del mundo".

II

Una tarde del verano de 1982, en plena cobertura de la temporada, llama mi jefe al local de la corresponsalía de Télam en Mar del Plata, en diagonal al Monumento al Lobo Marino. "Llegó un cable de AP. Marvin Hagler quiere pelear con Monzón. La oferta es de mucha guita. Dicen que Monzón está ahí, pero hasta ahora ningún medio lo ubicó".

Veré qué puedo hacer, dije, pero yo sí sabía. O si no sabía, presagiaba, o intuía. Con paso firme decidí jugar una carta por ahí nomás, en el Hotel Rívoli, el de la avenida Luro como yendo hacia la costanera. Ya en la conserjería, fui al grano.

-Buenas tardes. Quisiera hablar con Carlos Monzón.

-El señor Monzón todavía no llegó. Si desea esperar, pase a la barra, que no es molestia.

Un café cortado, por favor.

Pensar en nada. Pensaba en nada. En esos tiempos no existía la palabra WhatsApp.

-¿Flaco! ¿Qué hacés? ¿Estás parando acá?

-Hola, Carlos. No, no paro acá. Vine a verte porque llegó un cable que deja la puerta abierta de una pelea tuya con Hagler. ¿Volvés?

-No, no vuelvo. No vuelvo porque no puedo, hermano. Me entrené fuerte tres semanas sin la presencia de ustedes los periodistas, sin curiosos, poca gente, pero a la noche me dolían hasta las plantas de los pies. Y me di cuenta que hay cosas que ya no podré dejar.

-¿Los asados?

-No, eso no. Mirá y decime qué ves.

Se levantó la camisa y dejó ver su torso ceñido, fibroso.

-Veo que estás fenómeno. Como en tus mejores épocas. ¿En cuánto andás? ¿En 80?

-Por ahí, dar el peso no sería un problema, Flaco. El problema sería dejar el cigarrillo y matarme en el gimnasio, como hice siempre. Mirá, no sé si ese negro me aguanta tres sopapos, quiere fama conmigo, pero ni loco pienso rifar mi prestigio, mi nombre. Ni por esos tres palos. Cuando vayas a escribir poné que le pido perdón a mi gente, que la respeto y la quiero, pero la pelea con Valdez en Montecarlo fue la última. Los años pasan, los reflejos no son los mismos, las ganas tampoco.

Me invitó con un whisky, le dije gracias, Carlos, paso, un whisky a esta hora y no sabés las boludeces que escribo. Se rió. Vivamente se rió y pidió un whisky para él. Con hielo.

-Esta es una de las cosas que más me cuesta abandonar, ¿ves?

Hablamos un buen rato más. Me dijo que volver al boxeo sin estar pleno ni convencido era una "chiquilina" (sic), que quería disfrutar de la vida, que a los 39 años se sentía maduro y feliz como pocas veces.

-¿Viniste con Alicia?

-No, vine con mis hijos mayores. Alicia se quedó en Buenos Ai-

res con el bebé. En unos días la paso a buscar y nos vamos a Uruguay.

Nos abrazamos.

También podíamos habernos abrazado la noche del 12 de febrero de 1988 en el restaurant del club Peñarol, pero ya sabemos que el destino no es lo que pudo haber pasado, el destino es lo que pasa. Yo cené en Peñarol el viernes 12 y Carlos Monzón cenó ahí mismo el sábado 13, con Alicia, Facha Martel y la novia de Facha. A las seis de la mañana pasó lo que pasó.

El 8 de enero de 1995 mi amigo José Luis Cutello, secretario de redacción de la agencia DyN, que también acostumbra sustituir el "Walter" por el "Flaco", me anotició de lo que acababa de suceder en el paraje Los Cerrillos.

-Sentate a escribir.

Me senté a escribir y escribí de todo lo que podía escribirse en una necrológica de tono neutro. Todo lo demás, lo que bullía en mí y en cierta medida bulle en mí, el Carlos Monzón y yo, acaba de pulsar en las líneas que ya mismo doy por rubricadas.

EL PATO PASTORIZA

El Pato Pastoriza, un tipo indispensable para la creación del sindicato de futbolistas, era económico de verba, desconfiado y hosco, tirando a cabrón.

El Pato Pastoriza según lo registré y según lo evoco. Se sentía incomodado por las entrevistas, pero a diferencia de la enorme mayoría de los entrevistados ni se tomaba la molestia de asumirlas como un mal necesario, de relajarse y de hacer más agradable la travesía del entrevistador.

Sí, no, aha, claro, vamos a ver, a lo mejor, falta mucho, todavía no lo decidí, son cosas del fútbol, viste cómo son estas cosas... ¡Una tortura!

Debo reponer, así y todo, dos momentos en los que quién sabe por qué guiño providencial el Pato Pastoriza me supo menos acorazado y más suelto. Más dado y espontáneo, en los lindes mismos de la cordialidad.

Una vez en una de las pizzerías de su propiedad, en La Gata Alegría de Santa Fe y una de esas. Hasta bromeó, tal vez porque yo iba de parte de Quique Wolff y su amistad con Quique operó como una especie de puente facilitador.

Y en la otra ocasión, en el medio de la cancha de Racing, pero ahora en plan tan distendido que se pasó tres estaciones y regurgitó la frase más insospechada que me dieron en 41 años de ejercicio profesional.

El 11 de marzo de 1971 se jugaba un partido de Reserva entre Independiente y Platense cuando a los 8 minutos del segundo tiempo el capitán del Calamar ordenó a sus compañeros que se retiren de la cancha. ¿A guisa de qué? Los profesionales no habían llegado a un acuerdo con los dirigentes en una negociación por ha-

beres adeudados y se negaban a jugar.

Tras unos cuantos minutos de marchas, contramarchas e incertidumbre muchos de esos jóvenes que habían jugado 53 minutos del partido preliminar debutaron en Primera, enfrentaron al espléndido equipo de Independiente que pocos meses después saldría campeón del Torneo Metropolitano y fueron aplastados por 11-1.

Autor de dos goles aquella noche y empinado gremialista que ese mismo año había lanzado una prolongada huelga en pos del Estatuto del Futbolista, el Pato Pastoriza declinó levantar la mirada del césped de la cancha de Racing. Media docena de periodistas lo entrevistábamos y a uno de ellos, el autor de estas líneas, se le había ocurrido pedir una opinión de los dichos de la señora Natividad Gallego de Marcovecchio, que cuatro días antes del célebre plantón de los jugadores profesionales de Platense se había hecho cargo del club en medio de una asamblea de 150 socios.

-La señora de Marcovecchio dio a entender que tenías un especial interés en que los profesionales no se presentaran porque al rato jugaban contra ustedes.

Sin mirarme, sin mirarnos, la vista clavada en el círculo central, Pastoriza dijo:

-Que la señora de Marcovecchio me chupe la pija.

ALEJANDRO SABELLA

Hay gente que se pasa la vida creyendo que le deben algo y en esa creencia hace ley de la querella y la mortificación.

Y hay gente que se pasa la vida dispuesta a agradecer.

Alejandro Sabella pertenece a la tribu de los gratos, de los agradecidos, de los que viven sus logros sin entender del todo hasta dónde supieron gravitar, o entendiendo, acaso, pero más cómodos en la piel de un elemento más en el paisaje. Una pieza que no por valiosa tiene derecho a sentirse todas las piezas.

Febrero de 1983. El vestuario visitante del por entonces estadio “del Chateau Carreras”, hoy Mario Alberto Kempes, es un jubiloso pandemónium en rojo y blanco. En un rincón Bilardo le habla a un micrófono y su voz llega a Víctor Hugo, que está arriba, en una cabina de Radio Argentina. En otro, Hugo Gottardi repite como un mantra “campeón, soy campeón, salimos campeones”. Y describe cómo definió en su gol.

A un par de metros, Marcelo Trobbiani abraza a Julián Camino y jura que el equipo que coronó hace un rato es el mejor de cuantos estuvo.

De pie frente a Sabella, pregunto por lo obvio.

-Hablame de tus sensaciones, Alejandro.

Sentado un banco largo, rústico, desprendido del resto, Sabella responde sin dejar de sacar el vendaje de cada tobillo.

-Tengo una alegría inmensa, me parece mentira. Esto es más de lo que esperaba. Cuando Carlos fue a buscarme a Inglaterra me dijo que quería armar algo para pelear arriba, pero no imaginé que el título llegaría tan rápido, y así. Con un equipo trabajado, sólido, parejo, con lucha y juego, de buen fútbol. ¿Independiente?

Juegan lindo y bien, tienen individualidades de lujo.

Leídas a la distancia de 36 años y aisladas de su contexto, sin otras referencias, podrían parecer declaraciones de ocasión, automatismos sin más valor que el llenado de un casillero formal.

Pero leídas a la distancia de 36 años y examinada la biografía del personaje, copiosa, transparente, incontrastable, otra cosa es con guitarra.

Aun así, ¿será insuficiente? ¿Insuficiente para que los lejanos dichos de Sabella cobren mayor vigor?

No en mi caso, el cronista que había formulado esa pregunta mínima en el vestuario del Kempes, que por alguna razón había atesorado la respuesta en un rincón del archivo de su sesera y que una vida después cayó en la cuenta de que estaba frente a alguien que sabía honrar un par de faros de los que escasean en la fauna del fútbol de alta competencia.

El primer martes de noviembre de 2009 volví a hablar con él a propósito de una entrevista pública que debía hacerle en la Facultad de Periodismo en la Universidad Nacional de La Plata.

Descontada la cordialidad recíproca, nos abocamos a lo nuestro después de pedir sus disculpas por un Francotirador descreído cuando se anunció que se hacía cargo del plantel de Estudiantes y cometí la irreverencia de sugerir que la noche anterior se había equivocado a la hora de hacer los cambios en una derrota contra el Banfield de Falcioni, el que sería campeón. “Sí, tenés razón, me equivoqué”, me dijo sin un ápice de ironía o de tono zumbón.

Y presenté a Sabella. De memoria, como pude, como me salió, pero vaya a saberse por qué absurdo de la babel virtual mis palabras persisten en YouTube, pero no las de Sabella, pero no las palabras que habían ido a buscar cientos de alumnos de periodismo, las que nos hicieron un poco mejores de los que éramos antes de entrar al recinto.

De muchas cosas habló y acerca de todas en la sutil clave de quien conoce a fondo la materia y la expone sin alardes, como si

se limitara a cebar un mate, preguntara de quién es el turno de la ronda e hiciera notar lo húmedo que se ha presentado el día.

De todas, de las muchas, dos me supieron a una franqueza y una sensibilidad extremas. Las dos me conmovieron y quién sabe también hayan conmovido al joven auditorio.

Sabella, Alejandro Sabella invitó a recuperar el valor de disfrutar de las virtudes del contrincante.

Y regaló una invitación suprema.

Invitó, nos invitó a ser magnánimos. Magnánimo: lo que los latinos designaron como el que tiene grandeza en el alma.

Un noble caballero en una galaxia espinosa. Ese es Sabella.

EL TÚNEL DEL CENTENARIO

Pocas cosas son más regresivas que perderse. En un bosque, en el escarpado sendero de las sierras o en una ciudad desconocida. Cuando perdemos la referencia espacial puede suceder que se active una tecla que nos lleve a remotos momentos de desamparo. Un estado primario capaz de atraparnos con las heladas garras de la incertidumbre y el pánico, que vendría a ser el miedo desmadrado, el miedo imposible de dominar.

Un 5 de enero a la noche me perdí en la avenida principal de Berisso. Una multitud pugnaba por los regalos que el municipio había dispuesto para los niños de menores recursos y en el afán de ser uno de los recompensados me desprendí de los adultos que me habían llevado, unos amigos de mis padres, con tal mala fortuna que la ola humana me alejó de todo. Fueron 20 minutos de profunda desolación. Una vida.

Más de veinte años después me perdí en el anochecer de una de las ciudades más bellas y fantasmagóricas del planeta: Brujas.

¿Qué hago acá? ¿Es un cuento de hadas? ¿Una pesadilla? ¿A quién le pregunto algo si me siento petrificado, si soy una estatua de carne y huesos?

Y al tiempo me bajé de un tranvía una parada antes o una parada después de lo que suponía una orientación exacta y me perdí en un suburbio de Praga. A medianoche, atrapado en una espesa oscuridad desde la que un perro, a lo lejos o no tan cerca, emitía ladridos débiles y entrecortados, como si en cada pausa registrara el desfrenado de mi respiración, la sequedad de la garganta, el sudor frío barranca abajo desde la nuca hasta el desfiladero de la columna.

Cuando digo perdido, digo eso: perdido, perdido de perderse, perdido de desconocerse en las fortalezas, perdido de sentirse

a merced de arbitrios ajenos y pavorosos. Despiadados.

Una cosa es caminar sin compás. Otra cosa es perderse.

Extraviado en las sombras de geografías exóticas, sin otras personas a la vista y con la única referencia de carteles de signos hostiles, todos los nombres de las calles me supieron a un solo nombre que, lejos de apaciguar la angustia, la alimentaron. La multiplicaron. En esos cinco minutos, que no fueron más que eso, cinco minutos, los pilares de la mismidad se hundieron ante mis pies.

También me he perdido en los pasillos del túnel del Estadio Centenario. Era enero de 1981, se jugaba el Mundialito, ese torneo hexagonal organizado por la FIFA con la anuencia de las dictaduras de Argentina y Uruguay que al cabo se llevaron los orientales con un gol de Waldemar Victorino en una reñida final con Brasil.

Brasil venía de eliminar a Alemania con un opíparo 4-1 y resultó que cuando transcurría ese mismo partido, y a guisa de no recuerdo qué, mi jefe, Hugo Lencina, me ordenó que fuera a entrevistar a no sé quién apostado en un palco al que se llegaba tras un largo recorrido por debajo de las tribunas. Por el túnel.

En eso estaba, solo, en el túnel del templo montevideano, cuando de repente me desorienté, debí haber seguido un poco más o subido un poco antes, qué sé yo, no supe si avanzar o retroceder, busqué una puerta, una salida, algo, y no había. No estaban o no las veía, no podía verlas. Sumido en una especie de repentina congoja, me apoyé contra una pared y respiré profundo.

Ya recompuesto, aliviado, elegí un rumbo al azar, caminé unos pasos y vi a Toninho Cerezo, aquel espigado, atinado y fino mediocampista que había despuntado en el Mundial 78. Sí, el mismísimo Toninho Cerezo, a tranco firme, de frente, a pocos metros, ya lo tenía encima. Vestido de jugador. ¿Cómo no iba a estar vestido de jugador si un rato antes daba cátedra en el verde amarelo que bailaba a los teutones?

¿Lo habrían expulsado? ¿Reemplazado? ¿Buscaba su vestuario?

A la distancia, ya escasa, nos medimos con la mirada como dos vaqueros en un western. Y se ve que pese a mi creciente experiencia en la fragua del periodismo reaccioné en clave de simple futbolero o más bien de simple humano que había salido de una ciénaga de desazón, porque súbitamente pasé de la confusión a la euforia y sonreí como un niño cuando sonrío.

“Hey, Toninho”, le dije, mano derecha en lo alto.

Toninho Cerezo también sonrió, devolvió el ademán y se alejó por el túnel del Centenario.

TITANES EN EL RING

El 5 de febrero de 1982 hay boxeo profesional en el Centro de Educación Física Número 1 de Mar del Plata. Ex Piso de los Deportes, aclaran los diarios sin que sepa bien por qué.

Se presenta un santiagueño adoptado como hijo de la casa, Fernando Sosa, que viene con récord de 16-0 y antes que eso con una brillante campaña en el amateurismo fundada en piernas ágiles, discernimiento agudo, manos como púas y valentía sobreentendida.

De todo eso su rival sólo tiene el coraje, pero un corajudo más o menos bien entrenado y de escuela aceptable es por lo menos lo que es el tandilense César Villarruel: un probador exigente.

Al estadio, repleto, llego más tarde de lo previsto y cuando busco lugar en el listón del borde del ring la buena voluntad de mis colegas abre una vacante en un rincón. Que ya mismo advierto es el rincón de Villarruel.

Segundos afuera, primer round. Gong.

Gong. Villarruel se sienta en el banquito, uno de sus asistentes le da de beber la consabida agua. Villarruel hace un buche y escupe en el embudo. Unas gotas me salpican. Resto importancia al asunto y me aboco a registrar la puntuación en un block de hojas lisas.

Segundos afuera. Segundo round. Gong.

Gong. Villarruel se sienta en el banquito, el asistente le da de beber, hace un buche y escupe la mitad en el embudo y la otra mitad descaradamente encima de mi block de hojas, de mis brazos, de mí. Lo miro en clave de interrogación evidente. Responde con una sonrisa burlona. Pienso: "Este pelotudo tiene ganas de joder. Ojalá que Sosa le arranque la cabeza".

Segundos afuera, tercer round. Gong.

Gong. Villarruel se sienta en el banquito, el asistente le da de beber, hace un buche y escupe, pero poco o nada cae en el embudo.

Lo miro con la poca o mucha furia que puedo y le pregunto, al pan pan.

-¿Qué hacés, pelotudo?

El pugilista desoye las indicaciones de sus entrenadores, me mira fijamente y responde:

-Andá a la puta que te parió.

Segundos afuera, cuarto round. Gong.

-Andate a la concha de tu madre, Villarruel.

Sosa espera en el centro del ring. Por un instante urge a la multitud saber de qué se trata. Y a Sosa. Y al árbitro. Por fin Villarruel se pone de pie y va al centro del ring, pero no sin antes darse vuelta y devolverme la mirada de furia.

CARLOS BIANCHI

Hay una extendida tribu futbolera que parece suponer que el fútbol nació cuando Maradona gambeteó a mil ingleses o, peor, que nació cuando el 1 de mayo de 2005 encendieron la tele y descubrieron que el pibito melonado que hizo el segundo gol del Barsa contra Albacete había nacido en Rosario.

Pero resulta que la versión más aproximada al fútbol que conocemos hoy data de unos 160 años y que en 1931 se instauró el profesionalismo en la Argentina. Historia, hay mucha historia. Y la historia es lo que es, jamás lo que se nos ocurre que es según el unipersonal de nuestro interés y nuestro caprichoso marote.

Carlos Bianchi es bastante más que el tipo pelado con algo de Curly de Los Tres Chiflados y con algo del Doc de Volver al Futuro que acaudilló al Boca más ganador de todos los tiempos.

Antes del Virrey hubo otro, otro Bianchi, otro Virrey o como gusten llamarlo, que jugó entre 1967 y 1984 y convirtió una montaña de goles. La minuciosa Federación Internacional de Historia y Estadística de Fútbol coloca a Bianchi en el decimotercer peldaño de cuantos futbolistas hayan dejado testimonio en la red en el mismísimo planeta desde que hay planillas, archivos, documentos. Todo eso que resume la palabreja “oficial”.

Sin contar un par de entrevistas telefónicas compartidas con Víctor Hugo y mis compañeros del equipo Competencia, en Radio Continental, dos fueron las veces que hablé con Bianchi. Una en su condición de futbolista al poco tiempo de su regreso de Francia. Venía de una década fantástica. Ni una, ni dos, ni tres, cuatro veces había sido goleador de Le Championnat, hoy llamada Ligue 1.

Cordial y sonriente, más o menos como deduzco que lo veríamos hoy con sus 70 abriles a cuestas, se sentía feliz de haber re-

fundado en la cancha su profunda comunión con la camiseta de Vélez. “Con mi gente”, dijo, y dirigió la mirada a los otros comensales que merendaban en la confitería del club.

Menos sonriente, lapidario, cerró una fugaz semblanza de sus años en Francia.

-En Francia vivís bien, siempre y cuando no te toquen un presidente o un alcalde comunistas. Te matan con los impuestos. Los comunistas no te dejan vivir.

Exactamente diez años después vuelvo a hablar con Bianchi en el vestuario visitante del Mineirao. Hace un puñado de minutos Vélez empató con Cruzeiro en un partido de la Copa Libertadores que ganará el 31 de agosto en los penales con San Pablo en el Morumbí.

El gol de Cruzeiro, a los 12 segundos, a Chilavert, fue cosa de un delantero de 18 años que la prensa brasileña llama “O Mini-no”. No tanto después será “O fenómeno”: Ronaldo.

Y el de Vélez lo metió el Turco Asad, el empate es un buen negocio, pero Bianchi se siente perturbado por el desenlace de una jugada en la que José Oscar Flores, el Turu Flores, quedó mano a mano con Dida.

-Al ras de la cancha no la vi bien, estaba tapado. Todavía no pude preguntarle a José. ¿Vos la viste bien? ¿Qué pasó?

-Sí, Carlos. Cuando el Turu entra al área y Dida sale a taparlo, adelanta mucho la pelota y se lo lleva por delante. Le hizo foul.

-¿No me digas! Era así, era así, ¿ves?

Y en medio de un nutrido vestuario Carlos Bianchi se perfila, extiende la pierna derecha, curva el zapato de impecable lustro y me explica que en lugar del Turu Flores él hubiera hecho así, así, con la parte externa del empuje, a un rincón, a otra cosa, mariposa.

JULIO GRONDONA

Sonaba el teléfono en la casa de Sarandí y atendía el presidente de la AFA. Atento, siempre, y relajado, presto a hablar del tema que fuere y a la vez sabedor de que cuando del otro lado del hilo había un periodista de la agencia Diarios y Noticias debía estar dispuesto a todo, menos a que le tiraran centros de tácita genuflexión. “Decime, pibe, ¿en qué quilombo quieren meterme ahora”, impelía el ex mediocampista creativo de Arsenal y yo trataba de mantenerme en mis trece, refugiado en mi mantra interno, aferrado como hiedra al cuestionario básico de una entrevista rigurosa y consciente de que la menor vacilación sería aprovechada por un astuto encantador de serpientes.

Grondona sabía medirte como el boxeador de mejor visteo, con la mismísima cintura de Nicolino Locche ponía a prueba tu inmunidad a las respuestas de utilería y si aprobabas el examen venía una segunda etapa de respeto y de recelo. Medio que le gustaba al hombre someterse a su propia exigencia de diestro espadachín, de zorro viejo, ante un joven periodista que jamás le haría decir lo que él no querría decir y que sin embargo sabía ganarse en buena ley aquellos minutos de mano a mano electromagnéticos. Eso sí, por regla general la comunicación se terminaba cuando el cóctel de las repreguntas se volvía demasiado espeso y la cordialidad devenía borroso sedimento en un pocillo de café. Llegado ese momento, el dueño del poder aplicaba su ley sumarísima: saludar para apurar la despedida o despedirse sin saludar. En Sarandí sonaba el clang del teléfono, Grondona seguía con su vida allá y yo con la mía acá, en la redacción de Chacabuco 314.

Un par de anécdotas que conocí de primera mano y retratan

dos de los perfiles más acendrados del personaje: el divertido y el tenebroso.

El divertido: mortificado por rumores que ponen en duda su integridad como árbitro, Rafael Furchi entra al despacho de Grondona, que lo recibe con sonrisas, palmadas y una aclaración providencial: “quedate tranquilo, querido, que pongo las manos en el fuego. Vos no sos corrupto. Vos sos malo, nomás”.

El tenebroso: redacción de la agencia Télam. Sección Deportes. Segundo lustro de la década del noventa. Necesito hablar de un material con mi jefe, Ernesto Muñiz, que está por terminar una conversación telefónica. Cuando corta, sin que yo pregunte nada, Muñiz me comenta.

-Era Julio Grondona, ¿sabés? Está furioso con Adrián Paenza.

-Y decime, Ernesto: ¿qué dice Grondona de Paenza?

-Dice que es un judío maricón.

CARLOS SALVADOR BILARDO*

A Sampaoli no lo conozco.

Dice el Doctor Bilardo.

-¿Cómo que no lo conocés, Carlos?

-No lo conozco, no lo traté, nunca hablé con él. No lo conozco.

El Doctor Bilardo y yo sabemos que no es así. Que jamás perdonó que años ha, cuando Estudiantes había puesto los ojos en él, a Sampaoli lo llamaran de una radio de La Plata y se hubiera ido de boca.

Canchereó, el calvo entrenador de Casilda. Dijo que veía difícil su llegada a Estudiantes porque en todo caso debería cambiar el gusto de sus hinchas, devotos del estilo y de los modos de Bilardo.

“Me trató de antifútbol”, refunfuñó Bilardo y advirtió que si “Don Paoli” (sic) se hacía cargo de la Selección, se subiría al primer avión y se radicaba en Turquía. Eso dijo eso el Doctor. En 2017, no ahora, cuando ganas de hablar tiene, muchas, y se le notan.

Pero no de Sampaoli. “A Sampaoli no lo conozco, te dije”, subraya el director técnico más polemizado, endiosado y satanizado de cuantos busquemos en los 87 años de fútbol profesional en la Argentina.

Del Mundial sí le gusta hablar en este anochecer de mayo en el departamento cercano a Plaza Flores. Hace muchos años, unos 37 años, Bilardo vivía en el límite de Flores y Caballito, en la calle Morelos, ahí nomás de Plaza Irlanda, y mientras Gloria servía café me contó entre risas que la semana anterior había bajado al kiosko de la esquina y de repente recordó que esa noche jugaban

**Entrevista publicada en Caras y Caretas de junio de 2018*

Central y Deportivo Cali en Rosario. Copa Libertadores.

“La llamé desde el Aeropuerto y le dije que no me esperara a almorzar ni a cenar, ja”, narró el Doctor aquella mañana.

Ahora mismo su compañera de toda la vida, Gloria, también anda por ahí, cordial y discreta, pero nuestro personaje no habla del Aeropuerto. Habla de Ezeiza. Del incordio que supone subirse a un avión y viajar a Rusia. Al Mundial.

-Me llamaron, eh. De la FIFA me llamaron. Me llaman siempre. Me invitan. Me pagan todo, todo, pasajes, hoteles, todo, eh. Pero no sé...

-¿No sabés si vas a ir a Rusia? No te creo, Carlos. No me imagino a un futbolero como vos mirando los partidos desde el living.

-Ya sé, ya sé, pero esto es diferente. ¡Rusia! ¿Sabés cuántas horas te lleva un viaje a Rusia? Un día y medio, te lleva. Mínimo. Te mata.

-¿Ya les respondiste?

-No, no, les respondí a medias. ¿Sabés lo que le dije al tipo que me llamó? “Dejámelo pensar”. Me frena un poco lo cansador del viaje, pero ojo, también me frenan los compromisos que tengo, las charlas que doy en el Interior. Mis amigos me dicen “llamalas conferencias, Carlos, son conferencias”, pero para mí son charlas. Me subo a un auto o a un avión, pongo los videos en una valija, voy, hablo y vuelvo esa misma noche. Viajes cortos, lindos, eh. Me llevan a escuelas, a secundarios, a universidades, lindo, me gusta dar esas charlas. Comparto mis experiencias, de todo comparto. No sólo de fútbol, eh. Después te cuento más. ¿Qué querés saber del Mundial?

Una entrevista es una entrevista, perdonen la tautología. Todos los periodistas sabemos qué es una entrevista y también sabemos que cada una requiere una preparación específica que atañe al perfil del personaje sin dejar de lado las hipótesis de la sensación térmica. Las derivas, los climas, que vienen de la mano de las

preguntas y las repreguntas.

Con Bilardo no. Con Bilardo no hay manuales que valgan. Es copioso y cuidadoso a la vez. Y algo desconfiado. Jamás lo han perturbado las hipótesis conspirativas. Ahí se mueve como pez en el agua, aun cuando pueda ser abierto, respetuoso, cordial. Su verba, como bien se sabe y es el fruto más saboreado por sus detractores y caricaturistas, es una verba tumultuosa, fragmentaria, caótica y ardua para sus interlocutores, pero él jamás pierde el hilo. Jamás Bilardo se expone demasiado a Minotauro. Jamás. Desentendido de Ariadna, navega con la brújula de su propio hilo, el hilo del Doctor.

Y el Doctor me dice que sí, sí, sí, que Argentina puede ser campeón del mundo, que en todos los Mundiales está en la primera fila de los candidatos.

-¿Y quiénes son los otros candidatos, Carlos?

-Los de siempre. Los de siempre, Brasil, Alemania, Italia, que si entraba era candidato, eh. En un Mundial siempre aparece algún tapado, o dos, pero mirá quiénes llegan a la final, mirá la lista de los campeones del mundo. Son siempre los mismos. Los mejores equipos, los mejores jugadores, los que saben jugar esos partidos, los que tienen más peso en la FIFA. Los mismos. Ojo, a Alemania y Brasil todavía no los analicé, eh. Tengo los videos ahí, todo grabado, pero todavía no me senté a analizarlos.

-¿Y de Argentina qué analizás?

-Una cosa son las Eliminatorias y otra cosa son los Mundiales, ¿no? Eso ya no se discute. Pero si se juntan y en esos 30 o 40 días, hablan, hablan, se conocen mejor, se entienden mejor, ¿por qué no va poder ser campeón del mundo un equipo que tiene a Messi? Argentina y con el mejor jugador del mundo, eh.

-¿Alcanzará con tener al mejor jugador del mundo?

-Y... por ahí alcanza. Por ahí no. Messi jugará para Argentina.

-¿Y de cómo los jugadores de hoy sienten la camiseta argen-

tina qué opinás? Hace unos días vi un video en el que Oscar Ruggeri, al borde de las lágrimas, te agradecía algo que les decías vos.

-¿Qué decía?

-Y... Decía algo así como vos que les hablabas del significado de defender la camiseta argentina. De que ese valor no se mide con dinero.

(N. del A: de Ruggeri a Juan Pablo Sorin, en una entrevista de DeporTV: "...Y este loco de Bilardo, nos dijo, desde los primeros tiempos, qué quieren cobrar. No se cobra para jugar en la Selección. Sean campeones porque se los van a reconocer toda la vida".)

-Y es así, eh. Es así. Eso quedó para siempre, para todos los jugadores de la Selección, para todos. Hoy la camiseta argentina representa algo tan grande, tan grande... Hasta a nivel comercial, eh. La camiseta argentina vende. ¿Y en la calle? ¿Y entre las mujeres? Hace treinta años las mujeres no vivían el fútbol ni a la Selección como hoy. Hoy están interesadas, me paran por la calle y me hablan de fútbol, de los Mundiales. "Qué poco falta para el Mundial de Rusia, Bilardo", me dicen.

¿Será posible hablar con Bilardo y omitir toda la referencia al Mundial de México 86?

Como posible, es posible. Poco riguroso, acaso. También muy tentador. Allá vamos.

-¿Sentís nostalgias del Mundial 86?

-Nostalgia, no, no, pero muchos recuerdos, eh. Muchos. Me acuerdo de todo. De todo. Desde el primer entrenamiento hasta el último. De todos los partidos. Hablé tanto de ese Mundial y del de Italia... Fue bravo, eh. Bravo. Me castigaron mucho. Empaté con la sección Deportes de Clarín, gané con Crónica, pero tenía razón yo. El tiempo puso a todo en su lugar.

-¿Y en qué se nota, Carlos, en qué se nota que tenías razón vos?

-En todo. Se nota en todo. Cosas que yo hacía hace 30 años

y me criticaban, Bilardo esto, y dale y dale y dale, Bilardo y lo otro, ahora las hacen todos, todos. ¿Te fijaste en los videos? ¡Ahora todos usan videos! Bilardo, ¿para qué mira tantos videos? ¿Para qué sirven? Me decían eso. Ja.

Hubo un tiempo que fue hermoso por lo artesanal. No había televisión por cable con 300 canales, ni portales, ni Facebook, ni Instagram, ni Twitter. Ni YouTube. En ese tiempo de atarlo todo con alambre el Doctor Bilardo fue un rebelde con causa. Un infatigable buceador de videos de aquí y allá, los brumosos VHS que ordenaba producir, editaba, atesoraba y que hoy representan la canasta básica de su oficina de la calle Corrientes y de sus travesías criollas y/o internacionales.

Cuenta, Doctor, cuenta.

-Todavía no decidí si voy a Rusia porque para junio y julio tenía programadas charlas en Mendoza y en Córdoba. Y me tiran, eh. Lo paso bien.

-¿De qué hablás en particular?

-Todo lo que hicimos en Estudiantes, en San Lorenzo, en Colombia, en la Selección.

-¿Vos director técnico o vos jugador?

-Depende. Si se interesan por mis tiempos de jugador, vamos. Tengo videos para todo, eh. Hablo y muestro, hablo y muestro. Hablo un poquito y preguntan. Hablo un poquito y preguntan. Pero, ojo, hablo de lo que sé, nomás. De lo que no sé, no. Pero tengo un recorrido. La medicina me ayudó. Por eso a veces toco temas más fuertes que el fútbol. La vida, la familia, el trabajo, la educación, la juventud.

-Cambió la vida y cambió la juventud. ¿Les das consejos?

-Me preguntan, los padres o los hijos, y yo les digo lo que

me parece. Cambió mucho todo. Todo. Hay muchos cambios. El peligro son las amistades. Antes era el barrio, se conocían todos, nos conocíamos todos. Había mayor protección. Los grandes estaban siempre, te decían por acá sí, por acá no.

-Pero, Carlos, ¿se debe decir qué debe hacer a un joven de 18, 20, 22 años, que ya es independiente?

-Independiente no son nunca, eh. ¿Quién es independiente? Los senadores y los diputados tienen atrás al presidente y el presidente tiene atrás al pueblo.

Las charlas y los videos, los vídeos dirían en España, entusiasman a Bilardo. Lo embalan. El Doctor Bilardo está embalado.

-Poné que también di charlas afueras, eh. En Estados Unidos. Nueva York y Los Ángeles. Universidades.

-¿Las das en inglés o con traductor?

-Traductor. Inglés entiendo, entiendo, pero hablar me da fiaca, ja. Italiano sí te hablo. Soy Bilardo, la sangre tira. Italianos del norte y del sur. Milán y Sicilia.

Y del norte hacia al sur, cómo no, y del sur al norte, es una conversación con Carlos Salvador Bilardo, el villano de los alfileres, el genio del pizarrón, el campeón del mundo, el tipo de 80 abriles que se la pasa grabando partidos aunque ahora le cuesta más porque "te pasan hasta los de Turquía", el que niega haber intoxicado a Passarella antes del Mundial 86 ("que digan lo que quieran, Passarella era mi 6. ¿Quién iba a ser? Ojo, conmigo siempre se portó bien"), el que jura que el segundo es el mejor de los perdedores, el que se divierte cuando evoca su paso por Libia y se pone serio cuando pregunto si le han dolido las críticas de Maradona, si es cierto que él lo ayudó a salir de las drogas.

-Lo ayudé a Diego, como otros que lo ayudaron. Lo llevé a un médico de confianza, pero ya está. Ya está. Nunca quise hablar de eso. ¿Te cuento lo de Kadhafi?

-Dale, Carlos.

-El fútbol y viajar tanto me hicieron vivir experiencias fuertes, eh. En Colombia me llamaba a hablar de fútbol Miguel Rodríguez Orejuela, el jefe narco. Y en el 99, cuando me contrataron de Libia, dos por tres Kadhafi me invitaba a almorzar.

-¿De qué hablaban?

-De fútbol, pero sobre todo del Mundial de México. Yo lo miraba, lo veía relajado, simpático, con cara de angelito y después le decía al traductor “¿este es el Kadhafi que corta cabezas, que se peleó con Estados Unidos?”.

Y sí, era el mismo Kadhafi.

-Carlos, va la última: ¿por qué decís que a Sampaoli no lo conocés?

-¡Porque no lo conozco! Nunca hablé con él. ¿Qué querés que te diga? Pero lo vi una vez, eh. Una vez. Pasó delante mío en un aeropuerto. En Chile. Un amigo me dijo “ese que pasó al lado tuyo es Sampaoli”.

EL VIEJO LEEB

La cara del viejo que atiende el kiosko de diarios de Paraguay y Maipú la tuve en un álbum de figuritas. Y en las redondas y las rectangulares de cartón que juntaba en mi casa natal y lucía en la vereda con otros pibes que como yo desafiaban al espejito, a la tapadita, al no te guardés las difíciles, mostrame todo el pilón, si tenés una difícil, a Rabbito, a Cocco, a Puntorero, te doy 20 o 25, hasta 40 te doy.

Luis Leeb era. Luis Félix Leeb, el 7 de Estudiantes o de Charcarita, el 11 de Quilmes era Leeb, el Gato Leeb, el originario Gato, el padre del Gatito que hizo chiquicientos goles en equipos del Ascenso.

-Qué hacés, Viejo, qué manera de tirar centros a la tribuna, me acuerdo clarito, eh, lo chuceo al Gato y la risita de hombre bueno se le escurre entre los dientes y las arrugas.

Wing de los picantes fue el Gato Leeb. Petiso, medio chueco, encarador y ganador en el uno contra uno y un gran centreador, aunque un poco atolondrado.

-Ja, atolondrado un poco, sí. En Primera hice 67 goles y erré como 200. Yo definía bien en velocidad, sacaba unos lindos latigazos en velocidad, pero con pausa se me paraban los relojes.

Y vuelve a lo suyo el Viejo Gato. Al puesto de diarios. Vende un Olé, vende una revista, acomoda esto, acomoda aquello y mientras matiza la espera de los clientes por llegar, entra al bar Ditali y apura un café en la mesa del grupo de parroquianos de siempre. Cuatro o cinco habitués que sin ser sus amigos lo acogieron como uno más de la cofradía. Se habla de economía, de política. De fútbol se habla.

-¿De fútbol? De fútbol pregunten lo que quieran.

Los desafia el Viejo con cara de lo que es: llano, noble, adorable.

Desde mi mesa, en pleno rito del desayuno aguzo el oído. Un poco los espío, un poco participo sin participar y escucho al Viejo Gato dar cátedra de análisis de un Milan-Lazio, de un Betis-Real Madrid, de un Olimpo-Sarmiento de ayer, que por alguna razón deriva en una geografía y en un lejano tiempo que le atañen. "En esa cancha hice un lindo gol en el arco que da a la avenida".

-¡Incomprobable!

Exclama, estirándose hacia atrás, el canoso más locuaz de la tertulia.

Los otros acompañan a coro en clave zumbona.

-Qué vas a jugar en Primera, vos.

-Les digo que sí, tienen ganas de joderme, eh.

Repone el Viejo Gato, medio en broma, medio en serio.

Decido intervenir, desenfundo, suena un disparo para el lado de la justicia.

-Gato querido, ¡gracias por el golazo que le hiciste a Amadeo Carrizo cuando jugabas para el Pincha!

-¿Vieron?

Un par de los refutadores de las destrezas futboleras del Viejo Gato me guiñan un ojo y el Viejo Gato se acerca, se sienta a mi mesa, de frente, me pregunta si me acuerdo de que una vez jugó contra Pelé.

Pido dos cafés y me tomo una pausa para responder.

-¿En el Hexagonal de Chile?

-¡En ese! Fui con Quilmes en el 68 y jugamos contra el Santos de Pelé con Pelé inspirado. Nosotros corríamos y ellos nos bailaban.

Entrerriano, el Gato Leeb. Entrerriano de Nogoyá que a los 17 años viajó a La Plata para jugar en las divisiones menores de Gimnasia. Dormía en el vestuario de la piscina. No llegó a Primera. A Primera llegó en San Lorenzo con una camada de oro en la

que también estaba el mismísimo José Francisco Sanfilippo.

-Un viejo de ochenta todavía no soy, de 79 sí, aclara el Viejo Gato. Y se muere de risa.

Después me cuenta de que fuma ocho cigarrillos cada día: Benson. Y que su primer cigarrillo fue Saratoga en Entre Ríos y que en su máximo esplendor jamás se privaba de unas pitadas de Palmer un rato antes de entrar a la cancha.

Y después me dice que se considera un tipo manso que pierde la calma cuando escucha a los futbolistas siglo XXI hablar de su vida sacrificada.

-¿Sacrificio? Les pagan muy bien, fortunas, por hacer lo que les gusta. Los cuidan, los llevan a los mejores lugares, conocen el mundo. ¿De qué sacrificio hablan?

-¿Cómo te sentías dentro de la cancha, Gato?

-¿Cómo me sentía? Feliz, Walter. Me sentía feliz.

En los ojos del Viejo Gato creo descubrir una lámina húmeda. Disimulo el contagio y pido la cuenta.

DEL VALLE DE ANSÓ A CHAMPS-ÉLYSÉES

Llegué a Ansó con la bienvenida de las ovejas en pleno pastar y los cencerros en plena sinfonía.

Era el miércoles 8 de julio de 1992. Cómo olvidarlo si había pasado la noche en el San Fermín de Pamplona hasta la consumación del rito más célebre, El Encierro, a las 8 en punto. En las calles del casco viejo de la ciudad seis bovinos de los bravos corren desde Santo Domingo hasta la Plaza de los Toros por un camino vallado, y la gracia, o la presunta gracia, consiste en ser más veloces y más hábiles que los animales. Ponerse por delante de tales, correr lo más rápido que se pueda y llegar a destino sin un rasguño.

A decir de los folletos turísticos, serenidad, reflejos, preparación física y calzados adecuados son las herramientas indispensables para garantizar el éxito. Pero no siempre alcanza. No ya para sentirse ganador del ancestral divertimento: para el mínimo, vital y móvil de contar el cuento. Entre 1910 y 2019 El Encierro se ha llevado la vida de 14 españoles, un mexicano de Potosí y un estadounidense de Illinois, un muchacho de 26 años.

En San Fermín se puede morir aplastado, empitonado o corneado, como el 10 de julio de 1947 murió Julián Zabalza Martínez, nacido en Villava, el municipio navarro, ahí nomás de Pamplona, donde el 16 de julio de 1964 nació uno de los ciclistas más extraordinarios de todos los tiempos. Miguel Indurain, o Induráin, Miguelón, El Extraterrestre.

En Ansó lo llamaban Miguelón cuando se corría el Tour de Francia del 92 y los parroquianos lo seguían por televisión, sentados a las mesas de cualquiera de los siete bares de un pueblo de 400 habitantes.

Los de la Calle Mayor eran Bastere, Linza, Zuriza y Exhevarne. El de al lado de las piscinas, Cubillarrola. En la calle Cocorro estaba el de la Posada Veral y en la plaza estaba el de Fondo Aisa, enumera de corrido mi amigo Sergio Vaudagnotto, el cordobés de Villa María que por entonces tenía una novia de Pamplona y la madrugada del 8 de julio manejó con singular destreza esos 104 kilómetros con largos trances de cornisas y precipicios que nos separaban del valle de Ansó, de sus ovejas, del rítmico cascar de las campanas de hojalata.

Destartalado el auto, la armonía era cosa del diestro manejo de mi amigo y el pánico todo mío. “Si no nos desbarrancamos, me muero de un infarto, Cordobés”, colegía yo en voz alta y mi amigo el de Villa María, despreocupado como un niño al volante de un simulador de juegos electrónicos reía de cara a los barrancos del Valle de Hecho y con más ganas reía Isabel, la chica de Pamplona.

Taconera: así se llamaba la casa de Sergio, que por unos días fue mi casa, en la Ansó de construcciones de piedra cada cual con su nombre, entre calles estrechas en las que la feligresía de las relaciones interpersonales desaconsejaba omitir el saludo al vecino la quinta vez que te lo cruzabas en el mismo día.

Una minúscula oficina de correo había en Ansó y una única empleada, Paula, de diaria alternancia entre el despacho de la correspondencia y la entrega casa por casa. Gracias, Paula, ¿te apetece un licorito, un pacharán?

Pacharán, cuanto más frío, mejor, se tomaba en todos y cada uno de los siete bares del pueblo. Sabrosa esa aguardiente anisada, a base de endrinas maceradas que en la Edad Media había tenido rango de manjar.

Entre pacharán y pacharán y otras libaciones los ansotanos suspendían la hipnosis de la televisión, daban puñetazos en las mesas, saltaban de sus sillas y exclamaban cosas de las que, como no las alcanzaba a entender, quise enterarme.

-¿Qué les pasa, Sergio? ¿Qué celebran?

-Se ponen así por Induráin. Va por su segundo Tour de Francia. Miguelón es de Villava, a 110 kilómetros de acá, pero lo sienten como propio.

¿Por qué será que lo que nunca nos había interesado ni un poco de repente pasa a ser imprescindible? ¿Por qué será que lo más ignorado y banal un buen día nos deslumbra y ahí nos quedamos, deslumbrados, gozosamente atrapados?

¿Por qué nos contagian los sentimientos que nos contagian? ¿Por qué nos emociona lo que nos emociona?

Jamás en mis casi 34 años me había subido a una bicicleta. Jamás me subiría. Jamás me subí.

El ciclismo me sabía a un vago recuerdo del Circuito Astronomía de La Plata y cientos de tipos que daban vuelta alrededor del monumento de La Rotonda del Bosque liderados por Carlos Miguel Álvarez, el Gato, uno de Chascomús.

O las más vagas referencias al pasar que escuchaba de la Oral Deportiva de Radio Rivadavia, un cable de France Press que daba cuenta de las proezas del belga Eddy Merckx.

Pero en los bares de Ansó el ciclismo se prendió en mi piel como se prenden y se aprenden los grandes amores. Los amores que valen la pena.

De mesa en mesa, de pacharán en pacharán, de carajillo en carajillo (deliciosa mixtura de café con un chorro de cognac), junto a los artesanales especialistas del pueblo aprendí a mirar, a ver, a interpretar lo interpretado en jerga específica. En glosario. "Pasó del Giro y se ha puesto a punto para el Tour", "los matará en la contrarreloj", "cogerá el liderato", "en los puertos, Miguelón es la hostia".

Nada es para siempre, tampoco mi aventura ansotana y una madrugada Sergio volvió a burlarse del peligro y tras dejar atrás decenas de curvas escarpadas me acercó a la estación de trenes de Oloron Sainte-Marie, cuenca aquitana en el linde con los Pirineos, ahí nomás de la frontera con España, pero nada, nada más lejos de mí, camino de París, que desentenderme del Tour, de Induráin, de

los congregantes de Induráin. De mi insensata, indispensable adhesión.

Cada día, cual si fuera un Padrenuestro compré el diario Marca en un puesto de diarios enfrente de la estación de metro de Saint-Michel y a través de crónicas minuciosas supe que mi flamante héroe del deporte había consolidado la ventaja sacada en Luxemburgo. Que había demolido a sus principales rivales, el irlandés Stephen Roche, el segoviano Perico Delgado, los italianos Gianni Bugno y Claudio Chiapucci y que en el colmo del reconocimiento, Chiapucci, el Diablo, al verlo pasar a su lado fresco como una lechuga, con un hálito de voz alcanzó a decirle “moto, moto”.

Para L'Equipe ese hombre de 186 centímetros y 80 kilos que hacía rendir la bici como si fuera una moto ya era “El Extraterrestre” y para mí la cita de honor de la tarde del domingo 26 de julio de 1992, cuando la marabunta velocípeda entrara a París y recibiera la bandera a cuadros en los Campos Elíseos.

Antes que nadie llegué y antes que nadie me fui. El sol andaba en plan impiadoso, pero ni el impiadoso sol, ni diez chaparrones, ni la peor nevisca hubieran impedido la consumación de la ofrenda que, sin saberlo, sin siquiera atisbarlo, me habían hecho los parroquianos de los bares de Ansó.

En esa febril espera estaba, a punto caramelo los dulzores de mis anhelos, sentado en un paredón que en esas cuatro horas de vigilia se había poblado al máximo, cuando se acercaron una señora y una niña de unos diez años.

-¿Puede dejarle sitio a mi hija?

Miré a la señora con gesto neutro de tácita aceptación y abrí el hueco requerido.

-A la mierda con el francés.

Eso dijo la niña, a cuya madre dije “no soy francés y usted debió haber educado mejor a su hija”, madre e hija enrojecieron, pero esas rojeces me tuvieron sin cuidado porque allá a lo lejos, o no tan lejos, giraban los protagonistas de la fiesta y el alemán que

encabezaba el pelotón y se llevaba el sprint me sabía a cartón pintado, porque el más pintado, el más luminoso, el glorioso, era el de maillot amarillo, Miguel Induráin, Miguelón, el navarro de Villava, el vecino de Pamplona, el hijo adoptivo de Ansó. El ofician- te de mi Día de la Bicicleta.

ROBERTO PERFUMO

I

Hubo un tiempo de arqueros que atajaban.

Quiero decir: hubo un tiempo de arqueros que se dedicaban a atajar porque atajar lo mejor posible era lo máximo que se les pedía.

Un hábito que persistió por décadas. Unas cuantas. A los arqueros que salían demasiado de los palos y osaban dominar el área se los tildaba de raros, loquitos y peligrosos. A grandes trazos gozaban de mejor prestigio entre parte del periodismo especializado que en las tribunas.

En ese lote el adelantado Pedro de Mendoza trasladado al fútbol se llamó Amadeo Carrizo. También, allá por los sesenta y algo, con los matices y las prevenciones que correspondieran el trío más mentado de exóticos lo componían el Loco Gatti, el Flaco Poletti y Néstor Martín Errea.

Pero incluso de los expertos de las extensiones del área grande tampoco se esperaba que les pegaran bien a la pelota. Carrizo sí, era una delicia. Gatti también. Poletti y Errea, terrenales, más o menos o más menos que más.

Más un raro entre raros, Agustín Irusta, el Mono, el de San Lorenzo, que sin ser un arquero-jugador establecía con la número 5 una relación de pasmosa fluidez. Si en lugar de llevar rápido el juego al campo rival mediante el tremebundo zapatazo que era ley en esos años, juzgaba mejor habilitar a un compañero que estaba, pongamos, a veinte o treinta metros, soltaba la pelota hacia arriba, no tanto, no vayan a creer, y en un santiamén la cortaba como con una Gillette, la rebanaba, la fileteaba y la certificaba como una carta que llegaba sí o sí, limpia y perfumada, al pecho o al pie del compañero.

Excepciones. Meras excepciones en un fútbol que, como los de cualquier tiempo, tenía de lo bueno y de lo malo.

Lo que no tenía, queda claro, era la moda y la premura del arquero que saca la pelota por abajo hacia centrales dispuestos uno en la punta de acá y el otro en la de allá, o hacia un 5 que asegura el bendito primer pase, o hacia un lateral de los que están más cerca de ser encontrados temerarios que temerosos. Jordi Alba y sus replicantes.

¿Cómo se hacían los saques de arco en la imprecisa fase histórica que refiero?

Lo dicho. Bomba, Pum, cuero detonado y que se arreglen del otro lado de la cancha.

De tal menester se encargaban el arquero o el 2. De ahí no salía.

Y para 2 encargado de ejecutar la expeditiva formalidad, nadie mejor que Roberto Alfredo Perfumo. El Mariscal Perfumo, sellado a fuego por una ocurrencia del relator José María Muñoz durante las transmisiones del Mundial 66.

Cuando se disponía a sacar de su retaguardia Perfumo ponía en entredicho sus rasgos angelicales, juntaba aire, se crispaba, daba pasos cortos y vigorosos, tenía algo de búfalo. Un búfalo chueco.

II

A ese búfalo chueco silbé con todas mis fuerzas una tarde de la primavera de 1969 cada vez que sacaba del arco de Racing. Su amigo Agustín Mario Cejas, y él, el Mariscal Perfumo, en el arco que da a la Escuela Industrial de La Plata. Mi padre y yo en los tablones de arriba de la tribuna popular a la izquierda de La Techada. La vieja y amada cancha de Estudiantes.

Medio afónico quedé esa tarde. Dos goles, fue 2-2, más los silbidos del segundo tiempo a ese tipo que consideraba partícipe necesario del crimen de haber arruinado el día de mi cumpleaños número 11. El 31 de agosto, en la Bombonera, Perú nos había eliminado del

Mundial de México con dos goles de Oswaldo Ramírez, Cachito, en dos jugadas calcadas en las que se escapó derecho al arco sin que Perfumo, creía yo, hubiera hecho lo justo y necesario para impedirlo.

-No sabés cómo me atormentaron los meses posteriores al partido con Perú en la cancha de Boca.

Me dijo Perfumo en la confitería Mónaco, de Recoleta, un día del invierno de 2002 en una pausa de la planificación del trabajo que compartíamos en ESPN. Nos habían contratado para hacer Hablamos del Mundial.

-Para qué voy a mentirte. Cuando fuiste a jugar contra Estudiantes te silbé un montón. Mi viejo no, mi viejo ni una vez. Pero yo sí.

Roberto Perfumo celebró mi sinceridad con su delicada sonrisa de hombre ameno, triste a la vez, pero sin renuncio, como el niño perdido en el bosque que describió un poeta: el niño que mientras llora sigue buscando mariposas.

Se fue de repente el búfalo chueco, Mariscal y fraternal.

El 10 de marzo de 2016, completada la rúbrica de un guión a cuya izquierda se lee Roberto Alfredo Perfumo, Sarandí, 3 de octubre de 1942, escribí estas palabras alborotadas:

Sí, señor, cómo no. Roberto Perfumo fue todo lo que dicen por ahí.

El pibe flaquito y chueco que corría tras una pelota descascarada en los potreros de Sarandí. El futbolista posible que dejó ir River.

El crack imprescindible que modeló Racing. El que un día descubrió que había defensores que la rifaban y había defensores que salían jugando, pero ninguno que eligiera cuándo hacer una cosa y cuándo hacer otra.

El que la descosió en el Mundial de Inglaterra y cumplió con la promesa de traerle un perramus a Tito Pizzuti.

El campeón intercontinental en el Centenario. El mejor 2 de la historia del Cruzeiro. El que jugó mal en el Mundial de Alema-

nia 74 y jamás lo negó. El que quería retirarse y Angelito Labruna le pidió que fuera el 2 de un River de estrellas y tampoco se negó.

El killer asociado con Basile, con Rogel, con Passarella. El fanático del Gordo Troilo. El dandy que hacía suspirar a las vedettes del Maipo. El fallido comerciante de ropas. El director técnico que no le encontró la vuelta al rol. El que un buen día empezó a estudiar psicología social y descubrió un mundo que lo hizo redescubrirse y ser feliz con el redescubrimiento.

El que escribió un libro maravilloso (“Jugar al fútbol”). El analista agudo, chispeante, hilarante, a veces despistado, a veces incomprendido, que dejó una profunda y grata huella en Radio Nacional, en Olé y en ESPN.

El esposo de Mabel, el padre de Gustavo, el amigo de muchos. El que andaba por la vida ofreciendo el colmo del amor futbolero: un abrazo de gol.

Querido Roberto Perfumo: podría hablar de nuestras largas tertulias de aquellos 35 días de Hablemos del Mundial, en 2002, cuando junto a Leo Montero remamos un Mundial que Argentina había ganado sin jugar y lo perdió en una semana. Y podría contar las decenas de anécdotas que vos sabías contar y contarme pero no, nadie mejor que vos. Y podría abundar en lo que nos emocionó descubrir que los dos amábamos la sabiduría de Pichon Rivière y que tuvimos un padre albañil. Y detallar cómo una tarde que mi amado equipo ganó una final en Liniers vos me llamaste no bien terminó el partido y me dijiste “llorá, Walter, que el fútbol también tiene eso de lindo, que nos hace llorar de alegría”.

Pero no. Ya está, querido Roberto Perfumo. No te cabrees. Sos tan buen compañero que te vas a enojar porque estoy mojan-do el teclado y a ver si se arruina.

COMPAÑERO NICOLINO

No me lo van a creer, y si no me creen los entiendo, pero les juro que durante un tiempo Nicolino Locche y yo fuimos compañeros de laburo.

Sí, de Nicolino, el Intocable, genuino monstruo del boxeo argentino.

Qué digo del boxeo argentino. Del deporte argentino.

A los que lo conocen va un pensamiento en voz alta y al piberío que no lo conoce, tal vez vaya un pensamiento en voz alta con afán de merecida exaltación.

Nicolino Locche, el nacido en Tunuyán o, mejor, en Tunuián, como gustaba de subrayar en clave cuyana.

De sus 131 peleas (117-14 entre el 11 de diciembre del 58 en Mendoza y el 7 de agosto de 1976 en San Carlos de Bariloche), Nicolino hizo 44 en el Luna Park. De ellas 42 como fondista. Siete ante campeones mundiales.

El 25 de septiembre del 65, Oscar Bonavena y Goyo Peralta consumaron la mayor concurrencia en la historia del Luna Park, más de 25 mil personas, pero ese dato en nada opaca otras referencias de las que jamás pudieron ufanarse las más rutilantes figuras que se presentaron en el Luna. Ni Eduardo Lausse, ni el Mono Gatica solo o con Alfredo Prada, ni Pascual Pérez, ni el mismísimo Carlos Monzón.

Llenar el Luna Park decenas de veces, decenas de veces dejar cientos de personas afuera, convocar tribus que amaban menos el boxeo que su arte, que iban a verlo a él y después reservaban sus noches de sábado para esto y aquello, pero no para ver peleas, hasta que otra vez los convocara la palabra mágica: Intocable, marca en el orillo ideada por el periodista Piri García cuando escribía

para El Gráfico, o Don Piri, como de forma reverencial elegí llamarlo cuando yo entraba al mundo de las piñas y él ya se abría paso entre su otoño y su invierno.

Vuelvo a Nicolino y urge decir lo que es justo decir: fue idolatrado como pocos argentinos. Deportistas o no. Líderes carismáticos o no. Dignatarios o no.

A juzgar por mi modesto juicio, Locche es uno de los dos boxeadores con mayor arte para defenderse que ha pisado un cuadrilátero en cualquiera de los cinco continentes y puntuada la secuencia de la historia donde guste el eventual comedido.

El otro es Floyd Mayweather, claro que sí, pero a diferencia de Money, con su foja inmaculada, sus múltiples coronas, sus montañas de dinero y su montañosa arrogancia, Nicolino sabía llenar los ojos y tocar la epidermis.

Por si fuera poco regaló la más excelsa demostración que boxeador argentino alguno haya consumado en el alto nivel. La del 10 de diciembre del 68 en el Kuramae Sumo de Tokio mano a mano con Paul Fuji, un búfalo iracundo que apuró el final de la pelea con los ojos en compota y haciendo pucheros abulonado al banquito.

Subrayo: la más excelsa. En el alto nivel el nocaut más perfecto fue el de Monzón a Benvenuti, el más espectacular el de Maravilla Martínez a Paul Williams, el más milagroso el del Roña Castro a John David Jackson y el de origen más dramático el de Víctor Galíndez a Richie Kates. Pero lo de Nicolino, sin ser un nocaut ofreció la dulce conmoción de la belleza llevada a su canon máximo.

A ese tipo, al Gran Nicolino que cual burdo folletín hollywoodense murió sumido en la pobreza cuando sus pulmones no querían más y su corazón se plantó, conocí sin conocerlo –puesto que en realidad nadie conoce a nadie– en circunstancias insospechadas, curiosas y penosas.

Mudo me quedé, petrificado, cuando mi jefe y mentor, Hernán Santos Nicolini, me lo presentó en la vieja redacción de la revista Cuadrilátero que en rigor era una agencia de publicidad en la

que el prestidigitador mendocino se ganaría unos pesos llevando paquetes o lo que fuere.

“No tengo otro modo de darle una mano”, me dijo, entre apesadumbrado y resignado el propio Santos cuando requerí precisiones. ¿Cuánto hacía, tres, cuatro, cinco años, que todavía daba clases de imaginería y nos hacía soñar con otro título del mundo? ¿Cómo podía ser que Nicolino, pasión de multitudes, detonador de taquillas sin par, anduviera por la vida sin saber qué trole había que tomar para seguir?

La segunda vez que vi a Nicolino fue a la semana siguiente. Una tarde subí al colectivo 60, en el fragor de los apretujones sentí una voz inconfundible y de entre el gentío asomó su inconfundible, expandida frente, su calva a medio terminar.

-¿Qué hacés, pibe?

Me dijo Nicolino Locche, bonachón, con tono grave, aguardentoso y dispuesto a una charla que duró un ratito, de pavadas, nomás. Los dos tomados del pasamano, el periodista novato medio fascinado, medio perplejo, y el mago con guantes laxo y rendido a vaya a saber qué. Como si todo le diera igual.

FANGIO Y LOS DERECHOS HUMANOS

Es una mañana como tantas de recién entrados los años ochenta.

Cuando llaman a embarcar dejamos de estar protegidos por las paredes del Jorge Newbery y afrontamos una incomodidad igual de breve que de inevitable. Un avión demasiado cercano como para sugerir un bus y demasiado lejano como para librar del rigor de la escala Celsius. Pocos grados centígrados y promesa de menos todavía.

Ya en el cemento, la fila india se desgrana a tranco largo y de repente la hoja del protocolo se disipa con los vahos exhalados. "¡Hijo de puta, subversivo hijo de puta!".

Apostrofa un hombre a otro que sin decir palabra aligera los pasos.

Recién cuando empieza a subir la escalerilla y se perfilan el cabello de un largo algo controlado y sus lentes rectangulares, se revela patente que el hombre que había despertado la bocanada de ira es Adolfo Pérez Esquivel. No hacía tanto había recibido el Premio Nobel de la Paz.

Cada quien a su turno sube al avión en medio de un clima de sorpresa sobreentendida o murmurada que se aplaca cuando las azafatas despliegan su bienvenida de entrenada cordialidad.

Me dispongo a acomodar el bolso y un abrigo y advierto en mi vecino de compartimento una calva y una frente de iconografía mayúscula.

-Este es Fangio, ¿no?

Pregunta, obvio y retórico, mi compañero de asiento.

Se ve que el compañero de asiento de Fangio no pregunta. Más bien afirma sostiene, etiqueta. Alcanzo a escuchar el sufijo "ivo" con un énfasis parecido al del iracundo juez de Pérez Esquivel.

Exactamente delante de mí, la nuca del prócer de la Fórmu-

la 1. Y la nuca se hace voz, y la voz de Fangio, monocorde, rasgada, agrícola ganadera, suelta una declaración de principios:

-Pero, claro, hombre. Ahora resulta que estos pretenden sacarles los hijos a la gente que los crió.

MIEDO A LAS ALTURAS

¿Qué tienen en común Jennifer Aniston, Kate Winslet, Megan Fox, Jennifer Connelly, Sandra Bullock y Britney Spears?

Más de una cosa. Y entre ellas, el miedo a viajar en avión.

Asumida la fobia, Aniston renunció a salir de los Estados Unidos.

Spears pilotea la ansiedad y Winslet temía dejar a sus hijos sin madre. Fox llegó a tener ataques de pánico.

Connelly llora cada vez que la sorprende una turbulencia.

Lo de Bullock tiene razones fundadas, o más visibles: en 2000 sobrevivió a un accidente aéreo.

Lo de Ben Affleck, otro miembro célebre del club de remisos a las aeronaves, tiene origen en una suerte de trauma infantil. Un rayo, un incendio, un aterrizaje de emergencia. Tenía 9 años.

Lenny Kravitz declinó gustoso tres módicas horas en avión a cambio de 30 por la carretera. Así se trasladó de Phoenix a México.

Marcelo Bielsa también vive los vuelos en estado de rareza, aprensión o pavor. En ese trance se produjo la renombrada anécdota narrada por José Luis Chilavert. “José, ¿usted es feliz?”, interrogó Bielsa al arquero en un tramo de velocidad crucero. Eran tiempos en los que un profundo mutismo dominaba el averiado vínculo del entrenador con el arquero guaraní.

El holandés Dennis Bergkamp era un tipo que se subía a los aviones con una pizca de inquietud que en ningún caso había llegado al terror, hasta que un día de 1994, rumbo a los Estados Unidos, un pozo de aire redundó en una caída libre, fugaz e interminable. Desde entonces eludió todos los viajes que pudo. Los viajes por arriba en avión, quiero decir. Porque el viaje por arriba que mìniga que eludir, que más bien consintió y fecundó fue el del largo pa-

se de su compañero Frank De Boer en el Velodrome de Marsella. El final de la historia, ¡ay! Ay que lo conocemos y martilla en mi memoria: durmió la pelota con el empeine diestro, hizo pasar de largo de Roberto Ayala como a un colectivo lleno y la clavó en el arco del resignado y mustio Lechuga Roa.

A Marsella viajé en el asiento contiguo al de Alejandro Apo, mi compañero de comentarios de esa tarde, con Víctor Hugo, por Radio Continental.

Toda una experiencia viajar con un fóbico a los aviones. Se pone en juego la legendaria explicación escolar de Einstein acerca de su Teoría de la Relatividad. Si lo pasás bien, una hora te parecen cinco minutos. Si lo pasás mal, cinco minutos te saben a una hora.

Los ochenta minutos de Orly a Marignane se me pasaron rápido. Volando, con Apo a mi vera y su consabida sensación de angustiosa eternidad. Un nerviosismo retenido a duras penas, maquillado con un palabrerío forzado, entrecortado, descafeinado, presuntas hipótesis del partido por ver y la atención latente de un buen psicoanalista o de un felino al acecho.

Con la precisión de un estetoscopio Alejandro registraba cada pequeño ruido fuera de catálogo, cada balanceo en la marcha, y yo registraba las oscilaciones de su ánimo sin la necesidad de prestarles atención. Ahí estaban. Evidentes como los no sé cuántos miles de pies del pájaro de acero. La mirada más penetrante y abarcadora, la palidez, la vibración de la comisura de los labios.

Un rato antes de llegar al aeropuerto de Marsella el avión se curvó de forma más o menos brusca. Más, o menos, pero nada que pudiera sobresaltar.

Nada que pudiera sobresaltarme. Cosas del mapa de vuelo, pensé sin pensar lo obvio.

Alejandro no. Alejandro encontró lo que su miedo estructural ordenaba buscar: una amenaza. Una situación límite. La zozobra del riesgo inminente.

-¡Qué hace, maestro!

Gritó Alejandro sin que el destinatario tácito, el piloto, pudiera escucharlo, ni pudieran escuchar las azafatas, ni la mayoría de los otros pasajeros, salvo dos o tres que se dieron la vuelta y sonrieron.

Nada más lejos que una broma. Alejandro había caído en las garras de un temor creciente y ese temor buscó sosiego en mí.

-Walter, ¿adónde quiere ir este hombre?

Juro que lo mío no fue un alarde de valor ni de desinterés. Tampoco presumí de baqueano ni quise ser gracioso. Le dije lo primero y único que se me ocurrió y nunca sabré por qué razón lo que se me ocurrió funcionó y mi compañero se tranquilizó.

-Enfiló el avión hacia Marsella, Alejo. Si no lo enfila, seguimos de largo hasta Canarias.

DOÑA DOMINGA

Para mí, Titi no murió.

Me decía Doña Dominga con voz tenue y rocío en la mirada.

Después servía un poco más de café y sacaba una foto de la pila. Y otra, y otra, y otra.

-Yo las miro y me hago a la idea de que lo tengo conmigo, ¿ves?

Después entrecerraba los ojos, de repente los abría y ya no había rocío en su mirada. Chispas, había.

Tampoco su voz conservaba la delicadeza. Tenue ya no. Esta voz, la de Doña Dominga con chispa en la mirada, se volvía trueno en el corazón de Parque Patricios, en la vieja casa de Gibson y Treinta y Tres Orientales.

-Es feo, muy feo lo que le pasa al mundo. No hay moral. Resulta que uno puede matar a quien se le antoje así porque sí y sabiendo que al otro día van a dejarlo en libertad. El asesino de Oscar anda caminando tranquilamente por las calles. Y Oscar, mi Oscar, mi Titi...

El que caminaba sin apremios por las calles de Nevada era Willard Ross Brymer, el matón que el 22 de mayo de 1976 había gatillado el escopetazo definitivo en la puerta del Mustang Ranch.

Y el asesinato en la puerta del burdel había sido Titi, Oscar, uno de los cuatro hijos de Doña Dominga, el más extrovertido, el niño eterno, el más devoto de los ravioles que eran religión, el que se le había plantado a Muhammad Alí. El intrépido peso pesado al que llamaban Ringo. "Díganme Ringo", según la formidable biografía escrita por Ezequiel Fernández Moores.

Eximido de una larga prisión gracias a la infame fianza pagada por su patrón, el mafioso Joe Conforte, Brymer entró y salió

de la cárcel unas cuantas veces, siempre por temas relacionados con la venta de drogas, hasta que un día de mayo de 2000 un amigo lo encontró muerto en su casa de la avenida Wells, en Reno.

Doña Dominga, Dominga Grillo de Bonavena, partió al infinito cósmico tres lustros después de aquella mañana de mayo del 81, cuando miraba las fotos de Titi y una por una se las mostraba al joven periodista que a duras penas disimulaba la turbación, la emoción, que no sabía qué decir ni qué preguntar. Que la acompañaba en cada silencio con sacrosanto respeto y reproducía cada palabra en una libreta que acababa de ser mancillada por el derrame de un par de gotas de café.

-Mi hijo era una bella persona, ¿sabés? Quería a todo el mundo, ayudaba a todos, estaba siempre de buen humor. Hacía ruido con las ollas, agarraba una escoba y cantaba. Era un loco lindo.

Decía Doña Dominga. Y después, como un mantra:

-Para mí que no, para mí que Titi no murió.

EL CHICO DE LA MOTO

Susan E. Hinton se hizo célebre por su facilidad para escribir buenas novelas con clima de barrios difíciles habitados por muchachos que buscan una vida fácil. Un par de esas novelas vinieron como anillo al dedo a Francis Ford Coppola. En especial *La ley de la calle*, escrita en 1975 y rodada en 1982. Por esos días Coppola andaba entre la procesión y la campana porque al tiempo producía “*Hammer*” y se vio obligado a filmar unas cuantas escenas por no sé cuáles problemas del director que había contratado. Otro gigante, el alemán Wim Wenders, el que regaló joyas del tipo de *Las alas del deseo* y *París, Texas*.

En la *Ley de la calle*, ambientada en Tulsa, en Oklahoma, de los 50, la que nos llegó en acrisolado blanco y negro, destaca “*El chico de la moto*”, que no es otro que un Mickey Rourke bastante más cerca del buen actor que jamás sería, que jamás fue. (Convenimos que en Nueve semanas y media Mickey nos caía simpático sólo porque su personaje conquistaba al que encarnaba esa bellísima mujer llamada Kim Basinger. Así de básicos y elementales podemos ser los hombres, cómo no).

Un día de aquellos años, en tiempos sin agentes de prensa ni notas acordadas por WhatsApp, podía suceder que un protagonista dijera “pasame la dirección que una tarde de estas pasó por allá” y de repente sonara el teléfono de la redacción y el director de una revista deportiva ordenara a un redactor: “bajá y hacé la nota con el Loco Doval, enseguida te mando el fotógrafo”.

Bajé y ahí estaba Doval. Rubión, aceitunado, de ojos celestes, como escapado de un teleteatro sueco. De elegante sport, como se decía en la época y como en la época con un sweater colgado en el cuello. Nos presentamos y a los dos minutos me hablaba

como si hubiéramos sido amigos de toda la vida. Nada me costará confesar que seguí su tren. El tipo era entrador, charlador o charlatán. Me sentí ante una de esas notas que se hacían solas.

-Mirá en qué vine.

Miré. En la puerta del edificio de Crónica, ahí donde se juntan Juan de Garay y Azopardo, estaba la moto más grande que había visto en mis 23 abriles. Negra, imponente, con un farol que se me hizo del tamaño del ojo de buey de un trasatlántico.

Permítanme una pausa para referir el trazo grueso de la biografía del personaje.

Narciso Horacio Doval nació el 4 de enero de 1944 en lo que hoy se designa como la Ciudad Autónoma de Buenos Aires. Se crió en el barrio de Palermo. Hábil por ADN y atrevido por decisión, gambeteador irredento, a los 20 fue "Carasucia" en San Lorenzo con Nano Areán, Víctorio Casa, Oveja Telch y Bambino Veira. A los 25 fue ídolo en el Flamengo y a los 32 fue ídolo en la vereda de enfrente, en el Fluminense. O sea: hablo de un ídolo de los dos colosos de Río de Janeiro. Un caso único en 112 años de O Clássico das Multidões. En el Fla hizo 95 goles y en el Flu hizo 68.

Acopio las cosas que me dijo el Loco Doval en la impensada y lejana entrevista para la revista Estadio. Y así de caóticas como las volcaba, entre datos duros y ocurrencias que celebraba con una carcajada.

Se dio el gusto de jugar en San Lorenzo y Huracán. Y de ser dirigido por Lorenzo, Zubeldía, Menotti y Bilardo. El Toto, el Zorro y el Flaco, "tres tipos sensacionales", pero con Bilardo "también un tipo sensacional, tuve problemas porque veíamos el fútbol de forma diferente". En Flamengo fue compañero de Zico y en Fluminense de Rivelino, Dirceu y Paulo César. En los Estados Unidos jugó para "Las Cobras" de Cleveland y New York United. También jugó en Elche, pero antes de firmar contrato se aseguró de que hubiera playas. Y había. De arenas blancas y con palmeras.

Antes de subir a su máquina supersónica, el Loco Doval, me

dijo que el fútbol le había dado todo y permitido disfrutar de la vida: “Viajar por todo el mundo, un cuerpo sano, guita, fama, amigos. De loco sólo tengo la cara. Soy un tipo alegre que quiere vivir intensamente”.

En eso andaba el Loco Doval. En su cruzada de la alegría, pero el destino tenía planes oscuros. De paso por Buenos Aires, a tres meses de cumplir 48 años, su corazón se plantó en la puerta de la discoteca New York City.

Le cuento que escribo algo de Doval a mi amigo Ronaldo Helal, crack de la sociología, hijo de George Helal, ex presidente del Flamengo en los dorados años del Carasucia que quebraba la cintura, amagaba por acá y salía por allá, como el mitológico Garrincha, que lo invitó a jugar en su partido de despedida.

Un poco en español, un poco en portugués, Ronaldo evoca a Doval: “Fue adorado por los torcedores del Flamengo y de Fluminense. Guapo y hermoso. Se pasaba horas y horas en la playa, decía que era su mejor entrenamiento. Era un menino do Río. O cara fazia muito sucesso com as mulheres”.

Dicen que los duendes cariocas no tienen tregua ni quieren tregua. Amigos fieles del chico de la moto, pasan la mañana y la tarde en Ipanema y la noche en el Maracanã.

ÁNGEL LABRUNA

Labruna era una mezcla de porteño avivado y villano de dibujos animados.

Del porteño avivado, avivado de entendedor, astuto, despabilado, diestro en la radiografía express y la engañifa, tenía el ojo clínico del que sabe elegir jugadores de pronóstico reservado. Veteranos de guerra, sospechados de medio pelo, insignes de clubes allende la avenida General Paz, jovencitos de techo por verse y otras variantes de la tómbola.

Pícaro, también, para hacer un sistema del no sistema, del menú del día, del vamos viendo. “Yo no tendré mucha semana, pero tengo un buen domingo”, solía decir, con sorna, en tácita respuesta a los que descreían de su pericia de estrategia.

Se cree, o se quiere creer, o se pretende hacer creer, que los equipos de Labruna eran pura y exclusivamente una perfumada sinfónica del tiki tiki. Algunos sí, en buena medida, otros no tanto y otros más bien poco, pero la disquisición no viene al caso. Más atractiva me resulta la evocación del Labruna cascarrabias, mal llevado, odioso.

El Labruna que una tardecita del setenta y nueve abrió la puerta de su casa de Lidoro Quinteros, me dijo qué hacés acá, pibe, de inmediato me preguntó qué quería saber y trascartón pegó un portazo que compitió con los bocinazos de la Avenida Libertador.

El Labruna que una medianoche del 81 entró al hotel Intercontinental de Cali en estado de ira creciente, enfiló para el lado de los ascensores, rechazó el pedido de entrevista, me alejó con un manotazo y rubricó con brutal sinceridad: “perdimos, estoy caliente, no pienso hablar con vos y ahora lo único que quiero es dormir”.

Casi un año después, el 12 de febrero de 1982, Labruna inició su segundo ciclo al frente del plantel de Talleres de Córdoba y quiso el destino que el director de la revista Estadio me indicara que cubrir ese partido que también representaba el comienzo del tercer capítulo del Bilaro en Estudiantes. Angelito se había ido de River entre cajas destempladas, tras rechazar la función de manager. El Doctor, en cambio, volvía de un fugaz paso al frente de la Selección de Colombia.

Fue un 0 a 0 de lo más entretenido, pero más entretenido me resultó ir al vestuario de Talleres y abrirme paso entre jugadores a medio vestirse, dirigentes y allegados, para por fin quedar cara a cara con Labruna.

-Dígame, don Ángel: ahora que está en Talleres, ¿seguirá peleándose con los periodistas?

Labruna me miró fijamente, entrecerró los ojos como si buscara información en su memoria y sonrió con una bonhomía que me supo inaugural.

-No, no, pibe. Perdoname. Lo que pasa es que yo soy muy Gallina, tan Gallina que River me pone loco. Vas a ver que ahora será diferente.

Me hubiera encantado que se consolidara esa tendencia relajada, volver a conversar con Labruna, con aquel animal futbolero ya a salvo de la pátina del ogro, pero el 19 de septiembre de 1983 su corazón bajó las persianas y cayó desplomado en los brazos del Pato Fillol.

ALBERTO J. ARMANDO

Alberto J. Armando, Jota de José y no de Jacinto, como supo persistir el malentendido, es uno de los dirigentes más legendarios del fútbol argentino. De hecho, la Bombonera lleva su nombre.

El Puma Armando, sempiterno presidente de Boca, dejó su reinado en manos de Martín Benito Noel, un empresario que sabía de fútbol tanto como yo de ingeniería nuclear. Espacio cedido, espacio tomado. Hacia 1980 todas las glorias, todas, las deportivas y las institucionales, en Boca se conjugaban en tiempo pasado. Armando había perdido muñeca, credibilidad y ganas de quedarse en un lugar que, por muy querido, se había convertido en fuente de mortificación.

Nada mejor que una fantasía perfecta llamada a ocupar la vacante de una realidad imperfecta. He ahí Noel, cuya portación de apellido y de cuentas bancarias apetitosas hacía presumir la inmediata multiplicación de panes... pero nada de eso sucedió y un año y medio después Boca estaba mucho peor. "Andá y hablá con Armando, quieren convencerlo de que tiene que volver. Te espera en la concesionaria", ordenó Julio De Puch, subdirector de la revista Estadio.

Al rato, en esa esquina de Nueva Pompeya donde se juntan Sáenz y Avenida La Plata, crucé la amplia concesionaria de Ford y en una oficina del fondo me esperaba Alberto J. Armando. Recostado en un sillón, con las manos apoyadas en el escritorio, entre lapiceros, carpetas, documentos, recortes de diario, el caudillo sonrió y me semblateó, penetrante, desde el fondo de unas gafas enormes.

-Aquí estoy. Pregunte, nomás. Lo que quiera.

Y no era que yo la jugara de sagaz e incisivo, como tan de moda está en estos tiempos de divismo a quemarropa, de periodistas de escaparate, de depordivos, narcisos de Twitter, posadores de Instagram. Simplemente estaba más o menos al día del pandemónium en el que se había convertido Boca y me había juramentado requerir lo indispensable. Lejos de la pretensión de hacer preguntas demoledoras o recibir respuestas extraordinarias, me contentaba con hacer una entrevista sobria, firme y consistente.

Y se vio que lo logré, que lo logramos. Una buena entrevista es un juego de dos. Y Alberto J. Armando entendía el juego como pocos.

Diestro en las lides de la argumentación, prolijo en la dicción, hábil en el chamuyo, el Puma Armando discurría con aires de capitoste del Partido Conservador, aunque se proclamaba justicialista (“la doctrina de Cristo”) y había sido candidato a senador en las elecciones que postularon a Ezequiel Martínez, un abierto pro militar edulcorado con el slogan de “El presidente joven”.

Algo impostado, tal vez. Y altisonante. El vozarrón lo ayudaba.

Ninguna pregunta esquivé y ninguna respuesta esquivó Armando. Imperturbable en la formalidad del “usted”. Implacable en el empleo de los sarcasmos. Por aquellos días, el secreto a voces del Mundo Boca dejaba ver que Noel ponía la cara para las fotos pero el presidente de facto, el dirigente clásico, el monje negro, el que hacía y deshacía, era Domingo Corigliano.

Cuando le pregunté por qué enfatizaba que Noel era una buena persona, Armando sonrió por primera y única vez.

-Mi personal se compone de excelentes personas, pero ninguno puede ser director de la empresa. Para ser presidente de Boca se necesita ser presidente de Boca. Noel es el hombre de los chocolates. Si usted quiere saber algo sobre Boca, ¿va a ver a Noel o a Corigliano?

(BRASCÓ Y CUPEIRO)
RISOTTO Y CHEVITÚ

I

Miguel Brascó vivió 87 años y a mí me hubiera gustado que viviera 100. Qué digo 100, más de 100, para sentirme un poco más acompañado. Como 120 me hubiera gustado que viviera Brascó.

Hay gente a la que nunca le vimos la cara y sin embargo la sentimos cercana, o más que cercana, propia, pero propio de lo que pertenece, de lo que vivenciamos como un arraigo profundo. Como una raíz que nos mira desde el jardín.

Con Brascó me pasa eso. Un día de mayo de 2014 sufrió un ACV y a las tres semanas partió de este mundo. Cuando leí la noticia me sentí triste. Muy triste me sentí. “Voy a extrañarlo, Miguel”, me dije.

De todo hizo Brascó, el santafecino de Sastre. Fue abogado, periodista, escritor, editor, dibujante, humorista, conductor de un programa de jazz, traductor de poetas ingleses y alemanes.

De igual modo fue bon vivant, gourmet, enólogo, epicúreo, si-barita, desmitificador. ¿Qué desmitificaba? De todo y a muchos. Los llamados “sommelier” eran su especialidad. Se reía de ellos por su lenguaje rebuscado, artificial, por la tendencia al “macaneo glorioso”.

Brascó fue el inconfundible señor vestido de punta en blanco que hablaba de vinos en el canal Gourmet. A veces usaba tiradores y siempre, pero siempre, moñito. Decía que en su casa tenía un montón.

También respondía preguntas de gastronomía en la revista Veintitrés. Tres veces escribí a su consultorio y tres veces me contestó. Y cómo.

La primera vez acerca de mi fruición por las ranas y un vino de acompañamiento, tinto, que se suponía desaconsejable. “Usted es toro en su rodeo y torazo en rodeo ajeno, Walter”, respondió

Brascó, generoso al punto de ponderar el estilo de mi escritura y antológico en el cincel de una metáfora inmejorable. “Las ranas quieren comerse a los pobres, pero como no pueden, son los pobres los que se comen a las ranas”.

La segunda vez a propósito de la genealogía del puchero, que según había leído en París durante el Mundial 98, los franceses se la atribuían a Lyon. Incomprobable, refutó. Incomprobable por perjuicio de antigüedad y beneficio de diversidad. Me hizo notar, Brascó, que el puchero es una comida pergeñada en ausencia de recursos holgados y específicos. De norte a sur y de este a oeste del planeta, desde tiempos inmemoriales un animal humano junta todo lo que lo que puede, todo lo que ha quedado, y una vez juntado lo pone a hervir en una olla. Puchero, cocido, pote, pout, qué más da.

La tercera vez lo participé de una desdichada extrañeza: la imposibilidad de reencontrarme con el mismo sabor del risotto que habían dispensado mi abuela paterna y mi madre. ¿Dónde estaría la nitidez de ese amarillo del arroz, dónde su complacencia, dónde su encanto?

Leí la respuesta de Brascó no bien compré la revista en el kiosco de diarios de Santa Fe y Austria, mano impar. Preso de una sospechada emoción, devoré sus palabras con premura, absorto, tropezando con una mujer joven y con un hombre mayor que sin conocerse y sin conocerme parecían coincidir en que me creía el dueño de la vereda.

Fraternal o paternal, sin levantar la voz, en letras de molde me dijo Brascó que me aconsejaba dejar de buscar los sabores de la niñez, que mejor dejarlos por ahí. Que los sabores de la niñez se quedan en nosotros, o se van, o se fueron, pero nunca vuelven.

II

Mi primer ídolo del deporte fue Jorge Cupeiro.

Cupeiro, un corredor de Turismo Carretera que en 1964 armó una revolución con el Chevitú, un coche de traducción ingeniosa (provenía

de los Estados Unidos, era un Chevy Two), novedoso para la época, exótico, con algo de maldito para los tradicionalistas de la categoría. Compacto, sin chasis, con singulares retoques de trompa y de cola.

¿Me habré hecho devoto de ese auto y de ese piloto por ceder al encanto de la fonética, por acompañar a mi viejo en la adhesión o por llevar la contra a mis primos simpatizantes de Ford?

Por un poco de todo, pero el todo, que es más que la suma de las partes, me sacaba a pasear en alfombra mágica. A la sombra de Cupeiro, mi sombra, la sombra del pibe que fui, el que los domingos de invierno, debajo de todas las frazadas, todas, a menudo somnoliento, ponía una radio minúscula y en la voz de González Rouco y González Longhi se enteraba de que había sobrepasado la línea de Gradassi, de Casa, de Loeffel, de Bordeu, o de que al parecer el motor presentaba una falla, caras de preocupación en los boxes, inquietud, esta carrera, señores, promete un final dramático.

III

Más de treinta años pasé sin saber de Cupeiro, sin ver su foto en los diarios, nada de nada, y lo bien que estaba eso, intacta, inmaculada, perenne la devoción, hasta que un día llegaron a mí las flamantes emanaciones biográficas de un tipo que no me gustó nada. Un empresario menemista, acomodaticio, sobón con el poder.

Cuando Miguel Brascó me dijo que para qué andar buscando los sabores de la infancia que no volverán, pensé en Cupeiro, en el Cupeiro que más vale dejar allá lejos, para siempre, en la tapa de El Gráfico sentado en el capó, en la otra foto, en la que está sacándose el casco, y en la otra, saludando en la ventanilla, finos los guantes color camuflaje.

Cerré los ojos y apoyé un oído en la Sony.

¡Adelante el avión, adelante el avión, ya viene el Chevitú, ahí viene Cupeiro, ahí viene Cupeiro levantando polvareda, cinco, cuatro, tres dos, uno, top, pasó Cupeiro!

GUSTAVO BALLAS

Gustavo Ballas tenía miedo a la fama.

A la fama mucho más que a los golpes de los rivales, siempre y cuando fuera el miedo un cuervo que sobrevuela los rings.

Ballas temía a la fama cuando ya era famoso y nadie sabía qué miedos tendría ese muchacho tocado por la varita mágica que cada tanto llenaba el Luna Park y sus piruetas dejaban a sus contrincantes tirándole mamporros al aire, y en la popular aullaban de crepitante nostalgia los que creían ver a Locche redivivo, y en la platea las señoras aplaudían y también aplaudían las señoritas, porque el Ballas de hoy que tenía bastante del Nicolino de ayer, era un seductor hecho y derecho.

Ballas tenía miedo, mucho miedo a la fama, pero no sabía que sabía que tenía miedo, ni yo lo sabía, aquella vez que charlamos un buen rato en el hall del Hotel Presidente 72 horas antes de que ganara el título mundial supermosca en noche de Luna lleno, paliza y exhibición ante el pobre del coreano Suk Chul Bae, un partenaire que iba y venía como bola sin manija, que tiraba tres golpes y fallaba tres, que le tiraban cuatro y le pegaban cinco.

Ballas, Gustavo Ballas, Mandrake que le decían, temía el abrazo de oso de la fama. Lo deduzco recién ahora, 38 años después, perdido en una montaña de amarillentos recortes que portan recuerdos y me portan a mí mismo hacia el impreciso desfiladero de lo que fue, de lo que ya no es y a lo mejor no ha dejado de ser.

En esa entrevista que pulsa en un papel borroso que sin embargo persiste en hacerse oír, Gustavo –sí, Gustavo, así de coloquial y fraternal: nacimos en el año 58, con seis meses y 21 días de diferencia y en el caernos bien el diálogo fluyó y fluye con sincero

cariño- percutió todo el tiempo en advertir todo lo que ya sabemos, porque fue historia, de lo que no pudo ni supo hacerse cargo: de que ni el campeonato del mundo, ni los amigos del campeón, ni el dinero, ni la notoriedad, ni los autógrafos, ni la noche podrían con el pibe sencillo nacido en Villa María y devenido hijo de la egregia escuela mendocina.

Gustavo, ahora que lo pienso, quería huir. Huir hacia adelante, eludir el futuro inevitable o romperse la crisma.

“Maradona con guantes”, escribí hace cosa de una década para el diario Olé. Ballas, Maradona con guantes. Y no exageré, o exageré, pero no tanto. Hacia 1980, en Buenos Aires la estación terminal de la belleza abrevaba los sábados a la noche en Corrientes y Bouchard y los domingos a la tarde en Juan Agustín García y Boyacá, barrio de La Paternal. Los sábados, Gustavo Nureyev de puños enguantados. Los domingos, en los 100 x 67 de la cancha de Argentinos Juniors. El Maradona bautismal, primordial y celestial.

Han pasado poco menos de cuatro décadas. ¿Ballas temía la fama o su temor a la fama no es más que una percepción errónea, una interpretación forzada, un artificio literario que empleo con descaro y sin derecho réplica?

Algo de bueno debe de tener la inmediatez de la telefonía celular, del chat, del WhatsApp.

Participo a Gustavo Ballas del accidental encuentro con el retazo de papel. Y de mi hipótesis.

-Hola, dale, ya te respondo. Estoy en el cole. Me autorizaron.

¿En qué cole estará hoy, julio de 2019, el ex campeón del mundo de los supermoscas, el prestidigitador que ganó 105 de sus 114 peleas, el que supo volver de las garras del alcohol, del sinsentido, del dolor?

En el colegio de Villa María donde hacia finales de 2020 terminará los estudios secundarios. Después, a la universidad. Sin es-

calas. Quiere ser un profesional hecho y derecho como todos los médicos con los que comparte un equipo especializado en adicciones.

-Decime, Gustavo: en aquellos días, antes de la pelea con el coreano, ¿la fama te daba miedo?

-Claro, algo de eso hubo. Mucho tuvo que ver con lo que viví después. No estaba preparado para ser famoso. Ni para los aplausos, ni para las tapas de revistas y de diarios, ni para la gloria, ni para codearme con artistas y sentirme artista. Todo demasiado fuerte. Yo soñaba con ser famoso, ¿sabés? Pero cuando fui famoso me metí en un laberinto sin salida. No sabía para adónde agarrar. Decían que era un fenómeno y me la creía. Fenómeno no es nadie. Todos somos seres humanos y todos nos equivocamos.

Gustavo Ballas, que a los 23 años tenía miedo a la fama, me habla de lo bien que se siente ayudando a los pibes. Atención, prevención, lo que sea necesario.

-Ahora no tengo miedo. Lo que tengo son muchas ganas de seguir aprendiendo. Un día se me puso en la cabeza que iba a ser campeón del mundo. Hoy digo que un día voy a ser psicólogo. Eso voy a ser.

TOTO LORENZO (UN DT DE CINECITÁ)

El Toto Lorenzo entrecerraba los ojos y sonreía de costado, como quien cuenta algo gracioso mientras mastica chicle.

Canchero, fanfarrón, dominador de la situación, el Toto parecía más bien un personaje digno de una película de Dino Risi interpretado por Vittorio Gassman. Il Sorpasso, pongamos, aquella donde el majestuoso Vittorio se pone en la piel de Bruno Cortona, el del auto descapotable que marcha de carretera en carretera y de lío en lío.

Gassman había nacido en Génova en septiembre del 22 y menos de dos meses después nació Lorenzo en pleno centro de la hoy CABA, en Suipacha al 900,

Vittorio vino varias veces a la Argentina. La primera en 1951, cuando actuó en "Oreste" y "Un tranvía llamado deseo", la segunda en 1963 y la tercera para filmar otra comedia de Risi: "Un italiano en la Argentina".

Después estuvo tres veces más en Buenos Aires y en la última, la del 99, dejó ver en su cuerpo el implacable paso del Dios Tiempo. Opaco, opacado y otoñal. El 29 de junio de 2000 su corazón plantó bandera. En Roma.

El Toto se italianizó un poco cuando jugó en la Sampdoria en el 51 y bastante más cuando entre el 62 y el 65 dirigió a Lazio y Roma. Dicen que dijeron que en la previa del Mundial de Inglaterra del 66 daba entrevistas a los periodistas argentinos en clave de performance de varieté. Hablaba en italiano, o mezclaba frases en italiano, formulaba respuestas incomprensibles o hilarantes, como si repitiera un guión o improvisara arriba de un escenario.

Un gran director técnico, el tipo. Un pionero del pizarrón y de la búsqueda de la excelencia física. Si fuera justa la premisa de

que a los hombres debe de juzgárselos en el punto máximo de su obra, igual de justo sería su inclusión en el olimpo de los mejores que alumbró la Argentina.

De los mejores, mas no de los más puros, si tal cosa, la pureza, pudiera ser un atributo de los hombres. Las picardías, los ardidés, las zancadillas, cuando no las trampas, también fueron parte de su canasta básica. En el Toto conviven, pues, las ideas más luminosas y las leyendas más tenebrosas.

Ahora, para entrevistado divertido, lo que se dice divertido, el Toto fue crack de cracks.

En el verano del 82, a cargo del San Lorenzo que venía de descender y preparaba su desembarco en Primera B, el Toto Lorenzo declinó un par de horas de siesta para recibir a Beto Emaldi de Clarín y al enviado de Télam. Un servidor.

Sentados en unos banquitos de la entrada del hotel Las Nieves, en Necochea, el Toto dio vía libre a su tono relajado, ora zumbón, ora sarcástico.

Los hinchas de Ferro representaban una fuente de curiosidad. "Griguol armó un equipazo, da gusto verlos jugar, da gusto ver jugar a Márcico y vos vas un domingo a la cancha de Ferro y hay menos gente en la tribuna que jugando al tenis detrás de la cancha. Tac, tac, tac, tac, los giles".

Así, hasta que se me ocurrió preguntar cuánto espacio le daría a Sergio Luna, un zurdo diminuto y gambeteador, cordobés, que venía de jugar en Vélez.

El Toto Lorenzo me miró con aires de sobrador y su voz nasal vibró hasta en la vereda.

-Luna, Luna, ¿vos lo miraste bien a Luna? ¿Lo viste bien a Luna? La pelota es más grande que él.

GUILLERMO PATRICIO KELLY

Nunca le ofrecí la mandíbula a Tyson, ni atacué el rey de Kasparov, ni devolví un saque de Federer.

Nunca tiré una piedra a un panal de abejas y me quedé a ver qué pasaba, ni crucé a pie la Panamericana, ni jugué al Gallito Ciego en una cornisa.

Pero una vez salí airoso de una entrevista a Guillermo Patricio Kelly.

Un empate técnico, pongamos, fallo dividido.

Me lo dijo él, Guillermo Patricio Kelly, en la puerta de “La Hesperia”, el bar de la esquina de Venezuela y Bolívar que sabía reunir a periodistas de la agencia Télam, oficinistas, borrachines que se presumían mejores que los de Independencia para allá, lectores de Sidney Sheldon, inclasificables al paso.

Hoy decís en voz alta Guillermo Patricio Kelly y nadie se da vuelta. O se dan vuelta dos. O se da vuelta uno. Pero la de Kelly fue una vida de novela, de película, de leyendas compartidas alrededor de un fogón.

Hijo de madre suiza y padre irlandés, periodista de profesión y activista político de vocación, militó en la Alianza Libertadora Nacionalista y durante los bombardeos Plaza de Mayo, los del 55, se batió a duelo con los infantes de marina que habían consumado el atentado.

Estuvo preso en la cárcel de Río Gallegos y se escapó junto con John William Cooke, Jorge Antonio y Héctor J. Cámpora. Y al tiempo, en ese mismo trance también huyó a Chile disfrazado de mujer. Falsificó documentos y de Chile a Venezuela viajó con la identidad del Doctor Vargas. Un psicoanalista.

Denunció a Suárez Mason, hizo una querrela criminal contra

el Almirante Massera y sin embargo no faltaban los que juraban que hacia 1976 había simpatizado con la dictadura videliana, especie nada descabellada acerca de alguien de neto cuño anticomunista.

De todo eso, más la flamante denuncia a la Logia P-2, el vaciamiento de YPF, el asesinato del empresario Fernando Branca y de los varios roles de que era sospechado hablamos una extendida tarde de 1983 y sin que dos horas antes yo hubiera imaginado semejante desafío.

-Walter, necesito un favor grande, pero grande, eh.

Me había dicho mi compañero Diego Pérez Andrade, de la sección Política de la agencia Télam.

A Diego le había surgido un problema de urgente resolución y antes que cancelar la entrevista con Kelly había pensado que yo podía encargarme del asunto.

-No me falles. Andá y hacé la entrevista a tu manera.

Y la hice a mi manera, que en realidad fue la manera que me salió cara a cara con ese hombre admirado, temido y sospechado en dosis considerables.

Mirada siempre fija en el interlocutor, diestro en la salsa de la pregunta áspera y la repregunta de apuesta duplicada, Kelly parecía preparado para responder a todo y eso me estimuló a preguntarle si había sido agente de la CÍA y si sus supuestas disputas con los servicios de inteligencia no eran más que una cortina de humo.

-Vos sos marxista, hacés preguntas de marxista.

Me dijo Kelly.

Y agregó:

-No soy servicio. Soy un francotirador independiente. Un francotirador nacionalista independiente.

Insensatamente relajado, juro que desconocía de mí esa templanza zen, pregunté a Kelly si era nacionalista, pero nacionalista con "z" de nazi.

Sonrió, pidió otro café y me dijo que nazi no, que no era para tanto.

Y así cada quien cumplió con su objetivo sin que tuviera demasiada importancia si Kelly había logrado mantenerse en sus trece, que parecía que sí, un pesado de ley, el tipo, imperturbable, o si en rigor su entrevistador había llevado el timón con pulso firme.

Cuando llegamos al tercer café y la conversación estaba pronta a concluir, Guillermo Patricio Kelly me dijo:

-¿Ahora puedo preguntar yo?

-Claro. Lo escucho.

-¿Sos trotskista vos?

VARIACIONES SOBRE LA GAMBETA (CON RICARDO BOCHINI)

Decime, Bocha: ¿la gambeta viene en los genes o gambetear puede aprenderse?

-Es difícil contestar eso, Walter, pero voy a contestar más o menos lo que pienso. Cuando jugaba en el potrero, en el baby, en mi barrio, ya sabía gambetear y la gente iba a verme. Le gustaba lo que yo hacía. Y después en la cancha grande, de once, en Belgrano de Zárate. Ya en Independiente te hacían hacer trabajos puros de gambeta. Llevar la pelota esquivando conos, rivales que defendían. Pero la gambeta la traés de chico y la mejorás en los entrenamientos.

-¿Y te ayuda saber cómo marcan los rivales?

-No es que tenés que mirar a los contrarios. Ni antes ni en el juego. Te va saliendo a medida que vas gambeteando. Por ahí gambeteás a la derecha del defensor, a veces a la izquierda, te vas dando cuenta solo. De antemano no sabés nada. Nunca sabés cuándo vas a gambetear más o menos. Yo gambeteaba más cuando era más rápido y tenía más reacción, pique corto, cambio de ritmo. Después, cuando perdí velocidad, cambié el juego. Tocaba más, daba más pases de primera intención. La gambeta es lo más importante, sirve mucho. Gambeteás a uno, a dos, a tres, y quedan menos para defender. No sirve la gambeta para los costados. El equipo no progresa en la cancha.

-Se dice que muchas de las estrellas de tu tiempo hoy no brillarían, que el fútbol es más físico, que no la tocarían o la tocarían menos.

-No creo eso. Siempre fue difícil jugar. Yo empecé en el 72 y ya había equipos que marcaban mucho y jugadores que marcaban mucho. Se pegaba y los referí no decían nada. Te mataban a pata-

das. Hoy, con la televisión, el Var y todo eso no es fácil pegar sin que te castiguen. Amarilla, doble amarilla y chau. También había partidos de ida y vuelta. Tenías que tener ritmo y cuando tu equipo perdía la pelota ayudar a defender. En Independiente era una constante. Atacábamos con cuatro o cinco y defendíamos con varios. A veces te marcaban en zona y a veces te marcaban hombre a hombre, cosa que hoy no se hace. Lo que yo creo es que antes había más jugadores técnicamente dotados. Acá se corre mucho y se ataca poco. Europa marca mucha diferencia. Están mejor que nosotros. Antes era parejo. Pero el jugador que tiene buenas condiciones no tiene tiempo. Nosotros podríamos jugar ahora y los de ahora hubieran podido jugar antes.

-¿Tus gambeteadores favoritos?

-Maradona, Messi, seguro. Otro podría ser Ronaldinho. Y de los de mí época el Negro Ortiz tenía una habilidad impresionante, distinta. Y Houseman. René gambeteaba para un lado y para el otro, no sabías para dónde iba a salir.

-Hacé un ranking de tus goles preferidos.

-El mejor fue con Peñarol en el 76, semifinal de la Libertadores. Creo que pasé a siete gambeteando casi recto y cuando salió el arquero, Walter Corvo, la toqué con el revés del pie y entró junto a un palo. Estaban Silva, Garisto, González, el 2 era Olivera, Acosta, el que fue técnico de la selección de Chile. Después le hice otro lindo gol a Central, gambetas, gambetas y definí con Biasutto, toque entre las piernas. Otro, una emboquillada con Racing, un gol bárbaro. Otro a Estudiantes, parecido, desde afuera del área. Y el quinto puede ser el de Juventus. Doble pared con Bertoni. Zoff me tapaba abajo y la empalé.

-Hay una jugada a la que siempre volvés con un dejo de frustración, Bocha, porque no terminó en gol. ¿Te acordás de esa en la cancha de Estudiantes?

-Me acuerdo. Siempre me acuerdo de esa jugada. Fue en el año 76, empatamos 2-2, hacía un calor impresionante. Faltaba po-

co, me dio la pelota Pavoni y empecé a gambetear. Primero me salieron Reguera y Pachamé. Y antes creo que había gambeteado a otro. Me salió Tagliani, el 6, también me salió Pagnanini y pasé, pero cuando gambeteé a Tagliani la adelanté un poco y me salió a marcar a Horacio Rodríguez. Llegué justo con la punta del pie, le hice un túnel y se fue un poquito larga. Me salió el arquero, Pezzano, y como venía corriendo hacía 60 metros llegué bastante exigido, cansado. Entonces piqué la pelota por arriba de Pezzano, lo pasa, va entrando, pensé que el gol ya estaba hecho, pero apareció Frassoldati, el chiquitito, se arrastró por el piso y en la raya la tiró al córner.

BREVE ELEGÍA A RENÉ HOUSEMAN

Gambeteabas, luego existías, René.

Por todas las bisectrices, gambeteabas, René, y Euclides se agarraba el marote.

Y en el aire gambeteabas, René, y Newton exclamaba mirá vos.

Y engañabas en puntas de pie, René, y dos tanos chocaban como trenes tremebundos allá en Stuttgart.

Y jugabas con Miguel, con Roque, con Omar, con el Inglés, con todos ellos jugabas, René, y jugando los hacías amigos del jugar, desde la orilla y en la risa. Cálido, manso, invitador, como el mate bien cebado.

Estabas loco, René, qué cuerdo estabas. Qué cuerda acariciabas, René, qué adagio, qué sinfonía, qué sonata te sabías, René, tarareando por la raya y en crescendo hacia la valla, feliz, desentendido, musical y sideral, René, pibito de La Banda, vamos las bandas, rajen del cielo, llegó René, corazón bueno, llegó René, pies de terciopelo.

AGRADECIMIENTOS

A mis maestros fundacionales: Hernán Santos Nicolini, Alfredo Beherens y Hugo Lencina.

A los varios maestros que vinieron después. Ellos sabrán.

A todos y cada uno de los que a lo largo de estos casi 42 años de travesía periodística me ayudaron a ser mejor de lo que acaso debía ser.

A los que supieron compartir mis devociones y disimular mis imperfecciones.

Al Chopo Boccalatte y Marcos González Cezer, que siempre están, invitan y estimulan.

Al Pato Trasmonte, editor primordial y fraternal.

A Ariel Scher, cuyo prólogo me llevó del rubor a la emoción, ida y vuelta, con punto de llegada en la gratitud eterna.

INDICE

PRÓLOGO. Por Ariel Scher	3
AÑORANZAS	7
FONTANARROSA	9
VÍCTOR HUGO	13
EL TURCO ASÍS	19
CARLOS MONZÓN Y YO	22
EL PATO PASTORIZA	29
ALEJANDRO SABELLA	31
EL TÚNEL DEL CENTENARIO	34
TITANES EN EL RING	37
CARLOS BIANCHI	39
JULIO GRONDONA	41
CARLOS SALVADOR BILARDO	43
EL VIEJO LEEB	50

DEL VALLE DE ANSÓ A CHAMPS-ÉLYSÉES	53
ROBERTO PERFUMO	58
COMPAÑERO NICOLINO	62
FANGIO Y LOS DERECHOS HUMANOS	65
MIEDO A LAS ALTURAS	67
DOÑA DOMINGA	70
EL CHICO DE LA MOTO	72
ÁNGEL LABRUNA	75
ALBERTO J. ARMANDO	77
(BRASCÓ Y CUPEIRO) RISOTTO Y CHEVITÚ	79
GUSTAVO BALLAS	82
TOTO LORENZO (UN DT DE CINECITÁ)	85
GUILLERMO PATRICIO KELLY	87
VARIACIONES SOBRE LA GAMBETA (CON RICARDO BOCHINI)	90
BREVE ELEGÍA A RENÉ HOUSEMAN	93
AGRADECIMIENTOS	94

Este es un libro de ver de cerca. Y de escuchar de cerca. Y de sentir de cerca.

Cerca. Cerca de Pastoriza y de Fontanarrosa, de Julio Grondona y de Monzón, de Locche y de Bochini, de Perfumo y de Bilardo. Cerca de Bianchi y de Víctor Hugo. Cerca de más gentes, en general notorias, a las que Walter vio, escuchó y sintió durante el ya largo recorrido que lo tuvo y lo tiene girando sobre las ruedas inempatables del oficio de contar noticias.

Cerca, Walter, como para confidenciarle al Mariscal Perfumo que alguna vez lo puteó desde una tribuna y que ahora —y para siempre— lo quiere en el alma vuelta abrazo. Cerca, de nuevo Walter, para recibir un viento en la oreja a través del que el Intocable Nicolino le larga la ternura de un “¿Qué hacés, pibe?”. Cerca, repetidamente cerca Walter, de Doña Dominga, la mamá del Ringo Bonavena, mamá heridísima cuando le entrega su desgarró y su corazón en cinco palabras: “Para mí, Titi no murió”. Cerca, todo lo cerca que es posible estar cerca, así de cerca Walter de Labruna, al punto de advertir que ese Ángel “era una mezcla de porteño avivado y villano de dibujos animados”. Cerca de individuos a los que sólo de cerca es posible percibir en su dimensión entera, en esa combinación de jazmines y de espinas que se entrelaza en proporciones desparejas en cada ser humano, inclusive en los famosos.

Cerca y emocionado reluce Walter cuando Maradona empieza a egresar de ser pibe y él, el mismísimo Walter, es otro que marcha al egreso de ser pibe, y conversan con las simplezas de dos pibes que van apoyando los pies en el umbral de la adultez, uno ya enterado de que será un crack del fútbol, el otro sin intuir que será un crack del periodismo.

ARIEL SCHER

ISBN 978-987-1367-82-5



9

7 8 9 8 7 1 | 3 6 7 8 2 5 |



Walter Vargas nació en La Plata el último día de agosto de 1958. Ejerce el oficio de periodista desde abril de 1978, la docencia desde 1985 y ha pasado por el tamiz de la formación en psicología social, coordinación de grupos, psicodrama y psicoterapia. Por estos días es redactor de la agencia de noticias Télam, da clases en la Universidad de Palermo, comenta libros en el suplemento cultural de La Gaceta de Tucumán y fútbol en televisión para ESPN y en radio para Club Octubre 947.

Y escribe desde que tiene memoria. De lo que han inspirado sus obligaciones laborales y sus travesías existenciales. En orden impreciso ha publicado seis poemarios, cuatro de sus relatos constan en sendas antologías, su ensayo “Fútbol: opiniones y merodeos” se incluye en la compilación deportiva Jugados (Eudeba, 1999), ha gestado los textos del libro de fotografías Secretos de Buenos Aires (con Daniel García, en Raíz de Dos, 2011) y en 2018 publicó Fútbol, antifútbol y otras yerbas en LibroFútbol.

El túnel del Centenario es su séptimo trabajo para Ediciones Al Arco. Además de formar parte de De puntín, en 2004 presentó el libro de cuentos Del diario íntimo de un chico rubio, Fútbol Delivery en 2007, Cambios de Frente en 2008, Equipos Cortos en 2013 y Periodistas deportivos en 2015, los cuatro de ensayo periodístico.